

Sancho Saldaña,

o

EL CASTELLANO DE CUELLAR.

SANCHO SALDAÑA,

ó

El Castellano de Guellar:

novela histórica original del siglo XIII

POR

D. JOSÉ DE ESPRONCÉDA.

TOMO II.

Madrid.

Imprenta de Repullés.

AÑO DE 1834.

Reg 1859

(2)

Sancho Saldaña,

ó

el Castellano de Cuellar.

~~~~~

CAPITULO VI.

---

¿Qué duende ó qué patarata  
es el que veis, embusteros?

*El Dómine Lucas.*

**N**o bien se habia retirado Nuño del cuarto del señor de Iscar, cuando al bajar al patio donde estaban las caballerizas el primer objeto que vió, ó creyó ver, fue al montero, que el creía á aquellas horas en el infierno. Pensó que era ilusion de sos ojos, y frotándoselos con ambas manos, volvió á mirar y volvió á verlo, y frotóse otra vez los ojos y los abrió otra vez, y otra vez vió la misma cara, y la apariencia misma del guia. Creyó entonces

que era una aparicion, y alzando la voz empezó á decir: — En nombre de Dios te digo que me digas quién eres, y á qué has vuelto al mundo, porque no creo que ningun muerto vuelva á él sin motivo. Y tú eres sin duda la aparicion del guia en su misma forma, y como tu muerte fue tan inesperada, sin duda dejaste algunas cuentas que arreglar por acá.

No pudo menos el halconero de echarse á reir oyendo que le apostrofaba ya como si fuese ánima del otro mundo; pero el temor que tenia á Nuño (y él sabia bien por qué), le hizo contener la risa y responder con mucho comedimiento: — Estais equivocado, maese Nuño; yo no me he muerto nunca, ni soy ánima del otro mundo; soy el pobre montero á quien el miedo de la tormenta entorpeció tanto que no acertó á servir de guia.

— No, repuso Nuño; tú eres algun diablo en carne, y puede ser que estés vivo; pero que tú no has volado esta noche por los aires, eso no habrá nadie en el mundo que me lo quite de la cabeza.

Una carcajada que oyó detras de él interrumpió en este momento la conversacion, y volviendo la cara halló que el que se reía era el Cantor, que habia estado oyendo sus exorcismos. En ningun tiempo podia haberse presentado el Cantor á peor hora que aquella en que tan de repente se ofreció á los ojos de Nuño, y hubiera dado éste todos los dias que le quedaban de vida porque no le hubiese oido ni visto estar hablando con el halconero. Con todo, reprimiendo la ira que le causaba para él su intempestiva risa,

— Por cierto, dijo, señor poeta, que no creo en esta ocasion haber dado motivo á que se burle nadie de mí, y que si no fuera por el mucho...

— Vaya, buen Nuño... interrumpió el Cantor.

— No me interrumpais, gritó el veterano.

— Pero hombre... fue á decir el Cantor.

— No me interrumpais, vive Dios, gritó otra vez Nuño encendido en cólera.

— Pues bien, seguid, repuso el Cantor.

\*

— Pues bien, sigo, prosiguió Nuño, y digo... que... cuando... ya perdí el hilo; por vida de las interrupciones que no parece sino que tratáis de divertirnos conmigo, y voto á tal que...

— No es eso, replicó el poeta, sino...

— Otra vez; ¡juro á Dios! exclamó el veterano cada vez con mas enojo, que si me volveis á interrumpir, que os enseñe yo á hablar conmigo.

No era el Cantor hombre á quien imponian los gritos y las amenazas; pero á pesar de las continuas quimeras que á cada momento tenían, eran él y el buen Nuño compañeros inseparables, y ya hacia mas de veinte años que eran amigos. Uno y otro tenían su flaco, siendo el de Nuño figurarse que sus palabras eran de mucha importancia, y no sufrir que nadie le interrumpiese, y para hacer perder los estribos al poeta no habia mas que despreciar ó censurar su música ó las trovas que componia. Uno y otro habian sido los favoritos de don Jaime, que si en el uno premiaba la lealtad y el valor

con su estimacion, en el otro, como buen admirador de su rey, respetaba el talento, siguiendo la máxima de aquel verso de Alfonso el Sabio:

Cá siempre á los sabios se debe el honor.

Hernando, fiel en un todo á los principios de su padre, los miraba como dos joyas de su casa, y los tenia en tanta consideracion como si fuesen parientes suyos. En este momento conocia el Cantor que la cólera de su amigo no provenia tanto de las interrupciones, como de la carcajada con que le habia saludado al sorprenderle con el halconero, á quien él creía ánima del otro mundo, y asi torciendo la conversacion le dijo: — ¿Pero cómo diantres ha venido ese hombre aqui primero que nosotros?

— Yo no sé siquiera, replicó Nuño, cómo está aqui despues de haberle yo visto ir por el aire como si fuese una pluma.

— Sobre las alas del huracan como si fuese el genio de la tormenta, enmendó el poeta. ¿Pero vos creéis, Nuño, de buena fé que sea este *montero* que vemos

aquí el mismo de carne y hueso que nos iba sirviendo de guía?

— Eso es lo que no afirmaré nunca, respondió el veterano.

-- Tocadme y vereis, maese Nuño, dijo el halconero acercándose á él.

-- *Vade retro*, gritó el veterano andando hacia atrás, que sin duda tú eres algun demonio que vienes aquí para tentarnos, y no seria malo llamar al capellan del castillo que te rociara de agua bendita.

-- Pues yo te juro, Nuño, replicó el poeta palpando al halconero, que ó este demonio está hecho y formado de la misma materia que lo estamos tú y yo (lo que no puede ser), ó es un hombre como nosotros que no se ha muerto ni condenado nunca.

-- No quisiera yo ser como él, respondió Nuño, y lo mejor será que, sea quien sea, se quite delante de mí, porque ya que le he visto volar esta noche, no quisiera verle hacer mas milagros.

No aguardó el montero á que se lo

dijese dos veces, antes á la primera se alejó y fue á su camaranchon á reposar, si podia, del susto que le habia dado la vista de la fantasma, y dándose la enhorabuena de haber salido libre de las manos de Nuño á tan poca costa, despues de haberle dejado solo sin guia en medio de la tormenta:

-- ¡Pero es posible que un hombre como tú, exclamó el poeta, con sesenta años á la cola, crea que ese hombre se ha muerto, se ha condenado, y haya vuelto á salir del tártaro solo para engañarte y alucinarte?

-- Dejemos eso, repuso Nuño con algun enfado; yo juro que le he visto volar, y afirmo que sino es diablo le falta poco; y sobre eso que dices de haber vuelto solo para alucinarme, te digo que con todas tus trovas y mas años que yo no sabes lo que te pasa, y ahí está Garciperez que el año de 1250 en el mes de enero en las montañas de Leon vimos un condenado...

-- Quitá allá, interrumpió el Cantor,

que no sabes lo que te dices, y hablas como hablaría un caballo si tuviera donde hablar.

-- Y tú no tienes más que mucho imaginarte, repuso Nuño, que sabes todo porque haces ahí cuatro coplas y rascas un poco el laud...

-- Calla, profano, y no hables de lo que no es dado comprender á tu pobre imaginación, respondió el trovador con enojo: ¿con que ese halconero está condenado? añadió con cierta ironía.

-- Así lo estuvieras tú y tus trovas y tu laud, que maldita la falta que hacéis, repuso Nuño.

-- No las volverás á oír, y la culpa es mía en querer regalar orejas de Beocia con mis canciones.

-- ¿Orejas de... de qué? preguntó Nuño encolerizado; ¿de qué has dicho?

-- De nada; á Dios, replicó el poeta.

-- Sí, anda con Dios, y si me vuelvo á llegar á hablarte, quiero quedarme mudo para mientras viva. Y viendo que se alejaba su compañero, continuó entre sí, á

tiempo que se retiraba á su cuarto, — Ese maldito Cantor todo se le vuelve querer precipitarme, y un dia nos la vamos á hallar los dos. Si no fuera que al fin y al cabo es un pobre hombre, y luego canta tan bien, y ha enseñado á cantar á doña Leonor, pobrecita, ¿qué será de ella á estas horas sin ningun amigo, sola entre una caterva de pillos?... No quisiera mas que verme alli con ella, que yo solo bastaba para libertarla contra todos juntos. ¿Quién ha de descansar asi? añadió echándose sobre la cama. ¿Cómo ha de ser! como dice don Hernando, mañana será otro dia, que decia siempre don Jaime cuando no llevabamos lo mejor de alguna batalla, y teniamos que retirarnos. ¿Cómo ha de ser! volvió á decir: murmuró luego entre dientes algunas palabras, y se quedó por último profundamente dormido.



---



---

**CAPITULO VII.**

Digo que es tentar á Dios

.....  
si mi amo es un menguado

.....  
un impío que no cree  
que hay familiares, espectros,  
lamias, brujas de copete,  
vampiros, mágica blanca,  
y mágica negra y verde;

yo confieso que hay de todo,  
y confieso finalmente  
que por presencia y potencia  
existís. ....

*Cosme en la Dama duende.*

**M**OSTRABA apenas el sol sus rayos deramando vida en la naturaleza, y desvaneciendo las últimas nubes de la tempestad, cuando un caballero armado de punta en blanco, montado en un soberbio caballo negro, salia del castillo de Cuellar, camino de Olmedo, seguido de alguna gente de armas. Llevaba la visera alzada, y la cabeza inclinada sobre el pecho, pen-

sativo y triste, y en sus apagados ojos, rostro enjuto y sombrío ceño, daba á entender que aunque en toda la fuerza de la juventud, el furor de las pasiones habia amortiguado el brillo de su fisonomía. Caminaba al trote, y parecia tan ageno de lo que le rodeaba, como si fuese un ser privado de todo sentido, ó llevase embebecida la mente en la contemplacion de otros mundos. La escena que le ofrecia la naturaleza era en aquel momento bellísima. Al frente y á lo lejos se descubrian las almenas de Torregutierrez, doradas del sol naciente; á un lado y otro brillaba el rocío en las rubias espigas que ondeaban mansamente al soplo del céfiro de la mañana, mientras en los oteros que ciñen aquel camino se veían colorar abundantes racimos entre los verdes pámpanos de la viña aun destilando el agua de la pasada lluvia, en cuyas argentadas gotas, que temblaban al viento, quebrando el sol sus rayos reflejaban mil iris de luz de vario y trasparente color. Mas allá se divisaba á lo lejos el verde oscuro de los ele-

vados pinos, aun confusos entre la niebla, que levantándose poco á poco entre visos y reberveros, parecia envolver misteriosamente el bosque como para ocultar en él á los humanos ojos la mansion de las Silfides y los aéreos alcázares de las Hadas. Pero nada de esto llamaba la atención de nuestro caballero, que solo y delante, como hemos dicho, de su comitiva, no levantaba siquiera los ojos, ni se distraía un momento de sus áridas imaginaciones. Seguía su gente guardando el mismo silencio, y en su ademan triste y sombrío aspecto podria haberlos comparado el poeta de Iscar á una banda de agoreros buhos, confusos y deslumbrados, huyendo de la luz del dia. No obstante, á pesar de su apariencia lóbrega y disgustada, el señor de Cuellar sentia entonces latir con mas fuerza que de costumbre su corazon á impulso de la esperanza que disipaba algun tanto el hastío que le dominaba. Sus tormentos habian calmado un momento, su conciencia reposaba de su continua inquietud, y la imágen de

Leonor, cuya ya, á lo que él p̄sumia, vagaba ante sus ojos, despertando de su largo sueño sus sentidos aletargados. Era para él el primer día que podia decir que le lucia sereno despues de seis años de padecimientos, y si no se veía mas alegría en su rostro que la que ordinariamente manifestaba, no era que no sintiese ensancharse su corazon, sino el hábito del fastidio que habia contraido los músculos de su semblante. Imaginábase presentarse á Leonor bajo el agradable aspecto de su protector en el triste estado en que ella debia encontrarse; complacíaase en figurarse que en su humildad y arrepentimiento reconoceria ella aquel Saldaña á quien si no habia amado con todo el delirio del primer amor, habia mirado al menos con aficion; deleitábase ademas con la dulce idea de verse correspondido, y volviendo entonces á su pensamiento la memoria de los primeros días de su juventud, recordaba con placer aquella edad en que su alma veía todo con los ojos del entusiasmo brillante,

hermoso, y representábase un porvenir de encanto y felicidad. Pero su alma en medio de estos castillos que fabricaba su fantasía estaba llena de zozobra, y un negro presentimiento venia aun á turbar los sueños de su imaginacion. Habia estado tantas veces tan cerca de poseer y aun poseyendo lo que en otros semejantes delirios habia mirado como el colmo de su dicha, y habia hallado tanto hastío, tanto disgusto despues del goce, que aun en estos instantes sombreaban su esperanza las tinieblas de la desesperacion. Todos estos pensamientos, y otros mil que seria imposible pintar, agitaban en aquel momento su corazon, ya cercándole de imágenes agradables, ya llenándolo de inquietud y desasosiego, porque Saldaña, aunque endurecido en el delito, era menos malvado que criminal. Ya habian andado buena parte de su camino cuando vadearon el Cega, y entraron en los pinares que estan entre este rio y el Piron.

Llegado que hubo al sitio que le pa-

reció mas oculto mandó hacer alto, y llamando á un jóven, page suyo, y en quien tenia su mayor confianza, le comunicó su designio, mandándole que le siguiese, así como al trompeta que le acompañaba. Dió órdenes á su tropa de colocar vigías é ir acercándose poco á poco al Adaja, manteniéndose prontos al primer toque que oyesen para acudir al punto donde él se hallára y la trompeta les indicare. Hecho esto, metió espuelas á su troton, y seguido de sus dos satélites tomó á escape el camino donde él presumia que habia de hallar á Leonor. Entre tanto los bandidos, que le aguardaban á la otra orilla, no para entregarle la dama como él creía, sino para avisarle del extraordinario acontecimiento que les habia privado de poder cumplir su promesa, ofrecian un cuadro particular. A un lado se paseaba el Velludo, cruzados los brazos á guisa de pensativo, y meneando la cabeza de tiempo en tiempo entre colérico y avergonzado: sus ojos lanzaban chispas, y echándose tal vez mano á las barbas se

las mesaba y arrancaba, distraído de lo que hacia.

-- ¿Qué pensará de mí Saldaña, se decia á sí mismo, cuando hoy sepa que una fantasma, un ente aéreo, una muger, en fin, porque qué es la maga sino una muger, ha bastado para arrancarme mi presa, solo con presentarse, estando armado y en medio de toda mi tropa? ¿Qué pensará de mí sino que no soy otra cosa que un baladron, y que todo mi valor se enfria, y que toda mi resolucion se pierde con solo que me hagan el bu como si fuere un niño de pechos? ¿Y qué hubiera hecho menos que yo una muger? Por la Virgen de Covadonga que con esta aventura voy á perder la fama que tantos años me ha costado ganar.

Mientras el Velludo se paseaba acometido de estos pensamientos, Usdrobal, mucho mas triste, aunque menos encolerizado, se habia sentado al pie de un pino pensando en la hermosura de la dama, reconviniéndose tambien su poco valor por haberla dejado ir, y ansioso de

hallarla otra vez para ofrecerle sus servicios, protegerla y defenderla en cuanto pudiera, hasta borrar así la mala idea que ella hubiese concebido de su robador. La imagen de Leonor, sus palabras, sus movimientos, todo estaba presente á sus ojos; creía sentir aun el tacto de sus vestidos, oír aquella voz de angel que habia encantado su alma, ver su noble resignacion en la desgracia y aquella mirada capaz de ablandar una piedra; y la incertidumbre en que estaba de su destino le tenian tan pesaroso y sobresaltado como si la hubiese conocido desde la infancia, ella le hubiese tomado por su protector, y él estuviese obligado á favorecerla. A otra parte el hipócrita Zacarías se paseaba con su rosario en la mano, y entregado como de costumbre á sus meditaciones, sin acordarse de la dama mas que para sentir no haberse apoderado de las alhajas que tenia encima, y haber perdido aquella ocasion, ya que al cabo y al fin nada hacia á su conciencia haberse hecho dueño legítimamente de lo

que sin duda ya á aquellas horas habria hecho desaparecer la maga con sus encantos. Mas allá sentados sobre la arena estaba el resto de los bandidos jugando al dado con tan poca aprension y memoria de lo acaecido la noche antes como sino hubiera sucedido nada, siendo toda gente soez y desalmada, que no pensaban jamas sino en lo que tenian delante, abandonando el porvenir á la suerte y olvidándose siempre de lo pasado. Reían, bebían, juraban y armaban á cada momento pendencia con tales voces é insultos, que cualquiera hubiera creído al oír sus amenazas é imprecaciones que iban á venir á las manos unos con otros segun lo sofocados y alborotados que se ponian. Algunos estaban de pie mirando jugar, celebrando las suertes ó criticándolas, alegrándose y rabiando lo mismo que si tuviesen parte en las ganancias ó pérdidas. Otro les escanciaba el vino, mas cuidadoso de la bota que un enamorado paladin de la dama de sus pensamientos, y todos hablaban y todos se divertian.

Pero entre todas las voces sobresalía como un trueno la voz de un catalan que se alborotaba y juraba mas que todos los bandidos juntos.

-- Voto á Deu, gritaba á tiempo que acababa de ganar una suerte, y el mismo grito resonaba con acento duro y áspero eco en los oidos de todos cuando perdía. No se podia juzgar por sus hechos y sus palabras cuándo le iba bien ó mal en el juego, levantándose y dándose de puñadas en la cara y jurando cuando perdía, y apuñeteándose jurando y levantándose cuando ganaba, desesperado de no haber puesto mas dinero entonces que la suerte le favorecia. Entre tanto Zacarías de cuando en cuando se acercaba al corro, jugaba, ganaba y se retiraba.

-- Hijos míos, decia, mas vale pasar el rato entretenidos en buenas obras, que no echar el dia á perros como otros hacen. *Itaque homo*, como dice no me acuerdo en qué salmo, encargando de no estar ocioso. *Fremuerunt gentium*, está de

\*

Dios que habeis de perder: sino haceis mas que maldecir, ¿ cómo quereis que os proteja la Providencia?

Y con este y otros discursos se acercaba y se llevaba el dinero de los demas con mucha sutileza y aspecto muy melancólico.

-- Voto á Deu, exclamó el catalan, que este ira de homo se mama el dinero rezando, y cata que se lo lleve.

-- Pues yo voto á Mahoma, gritó el morisco, que como vuelva á entrar la mano, jugando yo... que ya me lleva ganado casi todo lo que tengo, y...

-- Paciencia, hijo mio, replicó muy dulcemente Zacarías; no te enojas ni aires por haber perdido este vil metal, que tú eres de los que dijo el profeta, *dabo alienibus*, daré todo cuanto tenga al que sea cristiano.

-- No entiendo yo latines, maestro Zacarías, repuso el morisco encolerizado; pero sé manejar la daga como el mejor de los que aqui estan, y ya os lo he dicho mas de una vez.

Hízose Zacarías el desentendido, y se retiró á un lado á pasar cuentas á su rosario, haciendo como que rezaba, y fijos los ojos al mismo tiempo en el juego sin perder suerte alguna de las que pasaban.

-- Vamos, no haya disputa, dijo á este tiempo el ladron viejo que habia contado la noche antes el cuento del caballero; ¡ juego! y echando la taba, que era de diversos colores y estaba pintada de cada lado, la tiró al aire, teniendo todos los ojos clavados en ella cuando cayó para ver el color que habia quedado hácia arriba, y que era señal de la ganancia ó pérdida de cada uno. Aqui fue donde perdió enteramente los estribos el catalan, que habia pasado tres suertes con esta sin ganar en ninguna de ellas. Echóse mano á la barbas y se las arrancó de cuajo, levantándose de repente como si le hubiera picado la víbora, gritando y renegando, y tirando el dado, que no parecia sino que se habia vuelto loco, y tenia en su cuerpo un enjambre de diablos.

-- Voto á Deu, mala ira me trinque el coll, gritaba, que non ha pas suerte que la mia.

-- En esto volvió á llegarse Zacarías al corro, á tiempo que el morisco tomaba la taba para tirarla, y cuando estaba en el aire echó en el suelo algunas monedas, diciendo: -- Al blanco, que es el color del alma de los justos.

A pesar de que no habia jugado á tiempo todos callaron, y el morisco no avisó ni dijo palabra, pensando que saldría otro color y le ganaria; pero la suerte protejió esta vez á Zacarías como las demas, y él pasó detras de su antagonista para recojer su ganancia. El morisco, que sintió que apoyaba su mano izquierda sobre su espalda á tiempo de inclinarse adelante para ejecutar su intento, como estaba ya irritado viendo que siempre perdía, y no quedándole ademas dinero con que jugar, y siendo la cólera á que provoca el juego al perdidoso la mas violenta y arrebatada de todas, echó hácia atras ambos codos empujando á Za-

carías con tal fuerza, que lo arrojó de sí gran trecho, dando traspies y dejando caer el dinero que habia cogido. Riéronse todos de ver al viejo hipócrita andar de espaldas con tal viveza y poca seguridad, y el morisco dijo con aire de desahogo, volviendo la cabeza á mirarle, — Vaya, señor Zacarías, idos á rezar, y no vengais á ganar aqui con trampas el dinero á quien, aunque no reza tanto, es tan bueno como vos y como pudo ser vuestro padre.

— Tin firme, gritó el catalan riendo, que el vino os fa mal, y andais con él á patadas.

— No respondió Zacarías á ninguno de estos insultos, ni mostró en su fisonomía señal ninguna de descontento, antes acercándose otra vez recojió su dinero con mucha calma, diciendo en el tono melancólico que acostumbraba, — Hijos míos, el cielo protege á los buenos, y este moabita hace mal en enojarse con el justo, porque *su alegría será pasagera*, aunque á decir verdad, pero todo esto es una chan-

za , y me alegro que no haya perdido el buen humor, ya que ha perdido el dinero.

— No lo doy yo por perdido , señor justo , repuso el morisco , mientras que esté en vuestro bolsillo , y vos sigais en mi compañía , que todavía me quedan manos para ganarlo.

— Tienes razon , hijo mio , contestó Zacarías , y para que veas que quiero darte el desquite , dame esa taba , que voy á darte la suerte. Diciendo esto la tomó , y llegándose cerca del morisco , se sentó á su lado diciendo : — ¡ Atencion ! vamos : que Dios nos dé á todos buena ventura. Y echó el dado al aire con tal presteza , que no parecia sino que habia sido aquella la ocupacion de toda su vida. Ganó él , y el morisco perdió de nuevo algunas monedas que le habian prestado. Echóla otras dos veces al aire y volvió á ganar , pero la última creyó el morisco que le habia visto volver la taba al tiempo de echarla , y gritó que estaba haciendo trampas , lo que no es creible en la santidad , buena fé y natural desprendimiento de Za-

carías; pero, á pesar de estas conocidas virtudes, otros afirmaron lo mismo, y el morisco, alzando el grito, juró ó que le volveria el dinero, ó que se lo habia de quitar por fuerza; á lo que Zacarías respondió, que no debian creer la voz del impío, y que habia jugado lealmente; pero el morisco, que ya no aguardaba á razones, montando en cólera se arrojó á coger el dinero que tenia Zacarías en la mano izquierda, jurando y perjurando que se lo habia de arrancar, ó poco habia de poder.

— Déjame y no precipites al justo, le gritaba Zacarías, mientras los demas azuzaban al morisco para que se lo arrebatase.

— ¿Qué quieres de mí, hijo mio?

— Quiero que me des, perro, lo que me has robado, repuso el morisco sin soltarle la mano, y forcejando por abrírse-la y cobrarse lo que habia perdido, y algo mas si podia; pero se las habia con quien hubiera soltado el alma mil veces antes que un solo cornado. Con todo, sin

perder nada de su dulzura , y como sino comprendiese la causa de la embestida de su compañero , repitió :

— No te dejes llevar de la ira de Satanás. ¿ Qué quieres de mí , hijo mio ?

— Mi dinero, ó tu corazon, replicó el morisco furioso de la cachaza de Zacarías.

— Vaya , repuso éste sin mudar de tono , ¿ te has empeñado ? pues toma.

Un grito del morisco , que cayó en tierra nadando en sangre , fue el primer aviso que tuvieron los bandidos que estaban viendo la escaramuza de la especie de regalo que le habia hecho el justo , viendo despues en la derecha de éste relucir el cuchillo de que habia echado mano sin que ninguno le apercibiese. El morisco quedó tendido sin decir palabra, y los que se acercaron á reconocerle vieron que estaba muerto. Este acontecimiento despertó á Usdrobal de su letargo y al Velludo le distrajo de sus imaginaciones; pero como para este último era todo aquello cosa de poco momento, y estaba muy acostumbrado á ver diariamem-

te escenas de esta naturaleza , se contentó con restablecer el orden y hacer que por entonces el juego se suspendiese.

— Este pobre mentecato , dijo mirando con frialdad el cadáver , no sabía que el cuchillo de Zacarías es como las uñas del gato , que arañan antes de que se vean. Llevadle de ahí , y echadle ahí mas abajo en el rio.

— Para qué nos hemos de cansar tanto ; que se quede en un lado , que se lo minchen los grajos , respondió el catalan.

— Bien puede mi maestro , dijo Usdrobal , enseñar á dar puñaladas cara á cara sin que le vean , que no parece sino que las da por la espalda. Vaya , y qué bien que sabe aplacar la cólera de cualquiera. ¿ Pero dónde está ? ¿ Se ha ido ?

— En esto al volver la cabeza le vió que se paseaba allí á un lado con el mismo aire compungido y devoto que de costumbre , con su rosario en la mano , y rezando con mucha tranquilidad como si acabase de oír misa.

— Me alegro , dijo Usdrobal , que no

pudo menos de horrorizarse al verle rezar, ó aparentar que rezaba con las manos ensangrentadas, me alegro que os quedeis tan fresco despues de haber enviado al infierno el alma de ese pobre morisco.

-- Me quedo asi, querido Usdrobal, repuso el maestro, porque mi conciencia está limpia, y has de saber que la muerte de un sarraceno, de un moabita, no es pecado, y sino ya ves que el santo rey don Fernando mató muchos...

-- Con la espada en la mano, respondió con indignacion Usdrobral, cara á cara y por la verdadera causa de Dios, y no villana y traidoramente como vos hicisteis.

-- *Pauci vero electi*, respondió Zacarías; pocos son los escogidos, pero si alguno lo estaba para la horca era ese enemigo de Dios, y asi no me remuerde la conciencia, antes bien me alabo de haber ahorrado á otras buenas gentes la incomodidad de colgarle y el gasto de la cuerda.

-- Tambien me parece á mí, replicó Usdrobal, que sois vos de los escogidos para morir sin poner los pies en el suelo, porque á fé mia que os huele el pescuezo á cáñamo de una legua, á no ser que alguno haga con vos lo mismo que vos habeis hecho con el moabita en pago de vuestras buenas obras.

El tono de estas últimas palabras fue tan siniestro, que Zacarías no pudo menos de echarle una mirada de arriba abajo temeroso de algun asalto, y seguramente no habria tenido buen fin esta conversacion á juzgar del ceño de Usdrobal, y el desprecio con que miraba la hipocresía de aquel miserable, si el Velludo, que vió venir de lejos al señor de Cuellar, no le hubiese interrumpido en este momento para que viniese á recibirle con él.

-- Vamos, le dijo segun iban andando, á confesar nuestra vergüenza, á decir á ese señor que vino el coco y asustó doce hombres. Por la Virgen de Covadonga que en la vida me ha sucedido otra igual.

-- Fue la sorpresa, capitán, repuso Usdrobal, que nos dejó sin saber qué hacer. — ¿Y cuándo ha habido nada en el mundo que haya sorprendido al Velludo? ¿Y había de ser una bruja; vive Dios! la que me había de quitar mi fama?

En esto llegó á ellos Sancho Saldaña, que habiéndolos visto que se acercaban no pudo menos de sobresaltarse, pensando si habria sucedido algo á Leonor, ó habria hallado medio de evadirse de los ladrones. Su rostro mostraba el desasosiego, y sus ojos giraban acá y allá como desatentados; traía el caballo fatigado del largo escape que habia corrido, y venia cubierto de lodo hasta la cincha.

— ¿Dónde está? ¿está ahí? preguntó con voz ahogada, y fijando los ojos en el Velludo.

— Ahí estuvo, respondió éste, pero ya se la han llevado.

— ¿Quién? repuso al momento el señor de Cuellar. ¿Quién, vive Dios? ¿Y vosotros os la habeis dejado quitar, cobardes?

— No creo, replicó el Velludo mor-  
diéndose los labios de rabia, que haya yo  
merecido nunca ese título, pero ahora te-  
neis razon, no soy mas que un gallina.

— Responde, canalla, replicó el de  
Cuellar. ¿Donde está Leonor? ¿Quién se  
la ha llevado? Por todos los santos juro  
que estoy tentado de hacer un estrago en  
todos vosotros, añadió frunciendo las ce-  
jas y contrayendo todos los músculos de  
su rostro con tan sombrío ceño, que Us-  
drobal creyó que estaba delante del prín-  
cipe de las tinieblas. El Velludo entre-  
tanto no respondió ni hizo movimientos  
algunos, clavados los ojos en tierra, una  
mano en la boca, y batiendo el suelo muy  
de prisa con la punta del pie derecho. Mi-  
róle Saldaña un instante, y echándole en-  
cima el caballo, le cogió del brazo izquier-  
do zamarreándole.

— Dí, pillo, dí, ¿dónde está? ¿quién  
te asustó? Alzó la vista el Velludo, y mi-  
rándole con ojos que parecian centellas,  
— Conde, le dijo, no me cojais asi... Por  
la Virgen... Soltadme, conde, soltadme,

añadió arrancándose con fuerza de su mano. Yo sé lo que he hecho, sé que voy á perder mi reputacion...

-- Tú me has vendido, malsin, exclamó el conde.

-- Usdrobal, respondió el capitán, dile lo que pasó, yo no puedo; dile el ejército que tuvo que venir á llevársela.

-- Un demonio, señor, repuso Usdrobal, una bruja, un fantasma, que entró á deshora en la cueva, nos confundió á todos, y delante de todos se la llevó en medio de la tempestad.

-- ¡Dios! ¡Dios! exclamó el conde mirando al cielo, y retorciéndose las manos de ira. ¿Es posible que todo el infierno junto me persiga? Tú mientes, canalla, añadió dirigiéndose á Usdrobal. ¿Y quién es ese fantasma?

-- Yo no miento, conde, repuso Usdrobal; lo que os he dicho es verdad, y en cuanto á saber quién es la bruja no será muy difícil, porque creo que ha de vivir ahí en las cercanías.

-- ¿Dónde? llévame al punto, que

juro á fé de caballero entrar y sacarla aunque sea de las garras de Satanás. Tantas fatigas por alcanzarla, y siempre huuyendo de mí, y ahora cuando ya era mía... ¡Por Santiago! ¿He de ser yo siempre infeliz? ¡Infeliz!

Acompañó el conde etas últimas palabras con un rugido como el de un leon que siente en su pecho el venablo del cazador y se ve arrancar su presa en el momento de devorarla.

-- Señor, respondió el Velludo, no sé fijamente el camino que va á la habitacion de esa maga (que Dios maldiga), pero aqui habrá quien lo sepa. ¡Ojalá nunca hubiera sabido ella el de la mia!

-- ¿Pensais ir, señor conde? preguntó Usdrobal.

-- Sí, replicó Saldaña, que habiendo perdido ya la energía del primer movimiento, habia quedado pensativo oyendo la respuesta del capitan. ¿Y quién ha de venir conmigo? continuó.

-- Yo, repuso Usdrobal con resolucion, en habiendo quien me indique el camino.

-- ¿Tú te atreves? preguntó el Velludo.

-- ¿Y por qué no? respondió Usdrobal; es preciso lavar el borron que nos cayó anoche.

-- Sí, sí, es preciso, dijo entre sí el capitan, iremos; voy á ver si hay alguno que se atreva á enseñar siquiera el camino; y diciendo esto, echó á andar hácia su compañía.

A pesar de ser todos hombres tenidos por animosos, no hubo ninguno que se resolviera á acompañar en esta empresa á su capitan.

-- El señor de Cuellar, dijo uno, puede ir solo, que ya debe conocer el camino de los infiernos, si es verdad lo que dicen que anda en negocios propios con Lucifer.

-- No le acompañaré yo ni me acercaré por alli en cien leguas, respondió el viejo de la cara cortada. En fin, por mas que les rogó, mandó, amenazó y ofreció el Velludo, no pudo lograr otra cosa sino la promesa de uno de ellos, que ofreció

proporcionar un paisano de Olmedo, hombre muy temido de las brujas por ser de oficio saludador, que los llevaria adonde quisiera, si la paga era correspondiente al peligro á que se ponía. En este tiempo Sancho Saldaña habia vuelto á su estado de insensibilidad, y Usdrobal estaba contemplándole detenidamente. Admirábale el ver su frente cargada de arrugas, sus ojos grandes y hermosos, pero mustios, sus cejas ya naturalmente juntas á fuerza de contraerlas, sus mejillas secas y hundidas, al mismo tiempo que en su apostura y gallardía á caballo se descubria en él el porte, el continente y la arrogancia propios de un caballero tan poderoso.

-- ¿No ha vuelto aun tu amo? preguntó á Usdrobal como volviendo lentamente de un sueño.

-- Ahí viene mi capitan, respondió Usdrobal recargando en esta palabra.

-- ¿Hay guia? preguntó Saldaña.

-- Habrá uno, con vuestro permiso, que vendrá esta noche, respondió el Velludo.

\*

— ¿Y ahora no? Ya yo me lo imaginaba, dijo el conde con alguna muestra de despecho: tú me avisarás. El Velludo iba á escusarse de no poder ofrecer un guia en aquel momento, pero Sancho Saldaña sin oír mas volvió su caballo maquinalmente, y se alejó á escape por donde habia venido, seguido á cierta distancia de su page y de su trompeta.

— Parece hombre extraordinario, dijo Usdrobal siguiéndole con los ojos, y no tiene trazas de tener nunca muy buen humor.

— El de un condenado, contestó el capitan, aunque yo creo que es el mismo diablo en persona.

Dicho esto, volvieron adonde estaba la banda, muy contento Usdrobal en parte de que la maga, robando á Leonor, hubiese asi estorbado que se cumplieran los deseos del señor de Cuellar.



---

## CAPITULO VIII.

---

¿Mas qué será consuelo á un desdichado?

Todo le cansa, aflige y le ácongoja,  
 fuego es el agua, el céfiro pesado,  
 aunque vaya saltando de hoja en hoja:  
 sierpes las flores, áspides el prado,  
 del claro arroyo el murmurar le enoja,  
 que cuanto por el campo alegre suena  
 sospecha que murmura de su pena.

*(Lope de Vega.)*

Mas perlas pendian de su hermosísimo cuello,  
 orejas y cabellos, que cabellos tenia en su  
 cabeza.

*(Cervantes.)*

**S**ANCHO Saldaña volvió á su gente melancólico y silencioso, y mandándoles que le siguiesen llegó á su castillo harto desesperado y de mal talante. Arrojóse á tierra de su caballo, que entregó á un escudero, y llamando á su page favorito subió á una sala del primer piso, donde sin hablar palabra le hizo señas que le desarmara. Quitóle la cota de armas y el casco, y tirando Saldaña la espada sobre

una mesa salió del cuarto, pasó á otro, y corrió varias salas distraído y cabizbajo, echando á un lado y otro miradas torvas, puesta la barba sobre el pecho, los brazos caídos, y por último se arrojó sobre un sillón de respaldo que estaba junto á una gran mesa de mármol. Puesta la mano izquierda en la mejilla, y apretando el puño derecho casi sin advertirlo, ya parecía colérico, ya reposado, ya á veces amargamente se sonreía. Hablaba solo, ya entre dientes, ya á voces, palabras interrumpidas. — ¡Leonor! Sí... decía: el infierno... ¿Y qué importa?... ¿No somos ya todos unos?... ¡el infierno!... ¿Que la robe el infierno ó yo?... ¿No soy yo un infierno?... aquí (señalándose al corazón) ¡demonios! gritaba... yo... sí... tentaré las almas por vosotros. Soy peor que vosotros. ¡Ja! ¡ja! ¡ja! Y soltaba una carcajada histérica y espantosa, capaz de poner grima á los mismos que él invocaba. — ¡Ah! continuaba precipitadamente, si en el infierno pudiese yo vivir con ella... ¿Vivir con ella? — Allí, allí, añadía

clavando los ojos en tierra, sería mi cielo, sí, mi cielo. Ella... es un angel. ¿Qué haré? ¿Dónde huiré de mí?... ¿dónde descansaré? No, mientras viva, jamas... ¿Y despues? ¿despues? ¡Qué horror! Un abismo inmenso de penas; en fin, la mayor de todas, la vida misma que detesto eterna, eterna en la agonía de los condenados. Yo no moriré nunca... Tal vez... para volver á vivir. Yo soy réprobo de Dios, sentenciado á vivir toda una eternidad, á respirar fuego, á ser execracion de los hombres, mofa de los demonios... Ya rechinan sus dientes de alegría: hélos, hélos alli... ¡Oh! no, no, ¡piedad! ¡maldicion! ¿Qué oigo? Sí, la maldicion de mi padre.

A esta última parte de su discurso se levantó con los ojos desencajados, fuera de sí, frenético, preguntándose y respondiéndose á sí mismo, como si oyera otras voces, rechinando los dientes, sus cabellos erizados, y corriendo acá y allá como si alguien le persiguiera, con muestras de espanto, y gestos á veces supli-

cantes y á veces desesperados. Duró un momento el delirio, y como si se hubiesen poco á poco desvanecido á sus ojos las sombras que le creaba su imaginación, y le asombraban á su entender, arrancó un suspiro de su fatigado pecho, y arrojándose en la silla segunda vez quedó algun tiempo con apagado aspecto y sombrío ademan en la misma actitud de antes enagenado. Largo rato permaneció así sin dar otra señal de vida en sus movimientos que su agitada respiracion, manteniéndose inmóvil como una estatua, sin mover pie ni mano ni mudar la vista. Por último, dando un suspiro exclamó:— ¿Qué haré? ¡Tengo que vivir por fuerza!!! Veamos si hay algo que me distraiga. ¡Qué! no habrá. El mal está en mí mismo, no en lo que me rodea. He oido decir que la lectura divierte: seis años ha que no leo. ¿Y qué he hecho en todo este tiempo? Nada. En fin, probemos. Leeré. Y alargando la mano á algunos libros bastante voluminosos que estaban sobre la mesa, forrados en baqueta encarnada con

molduras de oro en los extremos, y cerrados con broches de lo mismo, miró los títulos que sobre pergamino blanco estaban, abriéndolos uno tras otro, y deteniéndose un rato para leerlos. Era el primero que tomó un tratado de astrología de don Alfonso el Sabio, soberbiamente manuscrito con letras de tinta encarnada sobre pergamino vitela; miró su título, y arrojándolo con desabrimiento tomó otro escrito, encuadernado con la misma riqueza, y dijo: — Veamos qué es este, y si engaña menos y sirve para mas que la astrología. *“Cantigas et trobas sagradas en alabanza de Dios, et vidas et fechos de caballeros, compuestos por el famoso Nicolás de los Romances, trovador del muy noble, muy grande rey don Fernando III, conqueridor de Córdoba et de Sevilla, ect. ect.”* Libro es este que me entretuvo mucho en mi juventud. ¡ Ah entonces yo trovaba tambien, yo canté mis amores á Leonor, y ella me oía. Pero no soy ya el mismo: entonces yo era un hombre, yo amaba, yo vivia; ahora

lo aborrezco todo, á mí mismo, á Leonor... Sí, la aborrezco, pues trato de sacrificarla haciéndola partícipe de mi fastidio. No, este libro no lo leeré, su lectura me atormentaría; aquí se celebra la gloria y el amor, aquí se alaba á Dios, y yo no soy digno de darle alabanzas, ni me atrevo á rezarle ni á suplicarle, y la gloria y el amor son ya plantas estériles en mi alma. Veamos otro, continuó, echando el Romancero á un lado, y tomando otro mas voluminoso, forrado en blanco, encuadernado con riqueza, y escrito asimismo en caractéres latinos, y con tinta encarnada como los otros.

— ¡Ah! La Sagrada Escritura, dijo despues de haber leído el título: este es el libro de Dios: ¿será un aviso del cielo, que compadecido de mis miserias querrá mi arrepentimiento? Ya es tarde; no hay arrepentimiento tan grande que baste á lavar mis culpas. Ya es tarde, y yo he sido sentenciado hace tiempo. Pero en fin, leamos, añadió como resolviéndose á poner término á los encontrados senti-

mientos que le agitaban, y tomando el libro y abriéndolo sobre la mesa se sentó en una silla, y despues de haber hojeado un momento, parándose de tiempo en tiempo como para repasar el principio de las materias, y al parecer buscando algo determinado, halló el libro de Job, y empezó á leer muy despacio, aunque sin torpeza, y con bastante claridad para aquel tiempo, el versículo de Isaías que dice de esta manera: "*Debajo de tí se tenderá la polilla y te cubrirán los gusanos.*" ; Y es este el premio de mi arrepentimiento ? exclamó cerrando el libro con ira, y dándole con fuerza para arrojarlo á un lado sobre la mesa. Otra maldicion. ¡Oh! Es demasiado, es demasiado: mi alma está llena de remordimientos, mi corazon de hastío, y en mi oido solo resuena el eco de las maldiciones que me persiguen. Es demasiado. ¡Oh! Salgamos fuera de aqui, continuó levantándose con precipitacion. El aire de esta sala está infecto, me ahoga ; yo necesito mas aire, y aqui no puedo respirar siquiera. A mas, ¿ qué tiene de extraño

que me fastidie? prosiguió como deteniéndose, y queriendo él mismo inspirarse la esperanza que no tenia. Estoy solo, y la soledad fatiga, y no ofrece ningun pasatiempo ni diversion. ¿No soy el señor de este pueblo? Pues que vengan mis vasallos á divertirme. ¡Hola! ¡Jimeno! ¡Duarte! ¡García!

— Jimeno, su favorito, fue el primero que respondió á sus voces y entró en la sala á ver lo que deseaba. Llegó á su amo con un aire de alegría y familiaridad que á la verdad no parecia propio del privado de un hombre tan tétrico como Saldaña; pero esto mismo era precisamente lo que le habia valido su confianza. Era este favorito de mediana estatura, y su rostro sin barba, su color blanco, sus facciones delicadas, ojos azules vivos, y sus cabellos rubios y rizados hacian de él lo que se llama una miniatura. Su boca, cuyos labios coloraba el mas vivo carmin, tenia un corte malicioso, que, aunque podia decirse que le agradaba, habria hecho no obstante á un

buen observador desconfiarse de su honradez, y tanto armado como en farseto, su traza era fina y afeminada, sus movimientos sueltos y acompañados de un descaro y una desfachatez extraordinarios. Traía el manto galanamente colgado del hombro izquierdo, calzon de seda roja, medias de seda y zapato blanco con un madroño de hilo de oro en cada uno, y un puñal guarnecido de piedras preciosas en la cintura. En fin, era el dechado de la moda, el mimo de las damas y la envidia de los galanes. Había logrado la privanza del conde por su discreción, que rayaba á veces en desvergüenza, y habiéndole conocido el humor, cuando le veía de mal temple lo dejaba entregado á sus reflexiones, y siempre sabía coger la ocasión para presentársele. Había oído sus últimas palabras, y haciendo como que le adivinaba el deseo, — Paréceme, dijo, que vuestra señoría podría mandar se le presentasen las jóvenes del pueblo (que no deja de haberlas bastante agraciadas), y divertirse en verlas bailar. Yo sé la historia de

todas ellas, y podria mientras danzaban, prosiguió maliciosamente, entreteneros contándoos sus pasatiempos.

— Está bien, respondió Saldaña con sequedad; ordéname tú una fiesta, y cuenta con mil alfonsis de oro si logras distraerme de mis pensamientos.

— Yo daria mi buen humor, repuso el page, con tal de separaros para siempre de ellos, pero no tomaré premio ninguno nunca por cumplir con el deber que me impone vuestro servicio, y el afecto que os tengo.

— Ve, pues, dijo el conde, y... pero no, no vayas, no me dejes solo; llama algun otro y dale tú las órdenes que gustares.

— ¡Duarte! ¡García! llamó Jimeno entonces, con el permiso de su señor, y dos escuderos, viejo el primero y el otro de mediana edad, se presentaron al momento á su voz, murmurando, sin duda, entre sí de verse obligados á obedecer á la *Niña*, que asi llamaban á Jimeno los del castillo. Á pesar de esto callaron y recibieron sus órdenes con respeto, aunque

al salir no pudo contenerse el mas viejo, y dejar de decir en voz baja á su compañero :-- Vaya el tono que usa ese títere con nosotros, que por San Cosme que si le cojo que le hago dar mas vueltas en mi dedo meñique que las aspas de un molino de viento.

— Tienes razon, amigo Duarte, que nacimos antes que él y deberia tener con nosotros mas miramiento; pero en cuanto á eso de cogerle, que dices, trabajo te habia de costar, porque es suelto como un gamo, y valiente como un mastin.

Apenas dijeron esto se fue cada uno por su lado, refunfuñando entre dientes y maldiciéndole, á dar cumplimiento á lo que habia mandado. La sala en que quedaron Saldaña y el page era de forma cuadrilonga, muy espaciosa, y adornada con toda la elegancia y lujo que podia dar de sí la época en que pasaba esta nuestra historia; su techo acanalado, con vigas dadas de blanco, tenia el fondo azul celeste labrado de mil molduras doradas de mucho gusto, las paredes pintadas á la

morisca, varios sillones de respaldo, la mesa de marmol blanco que ocupaba el testero de la sala, el suelo escaqueado de azulejos y á trechos vestido de alfombras y algunos cojines de damasco acá y allá á usanza árabe de varios colores y con pasamanos de oro. Encima de estas almohadas se habia reclinado Saldaña, mientras su page instruía á sus escuderos de su voluntad, distraido ya de lo mismo que deseaba, olvidado de su page y cargado de su pesadumbre. Miróle Jimeno un momento, y viendo que su amo no le veía ni hacia mas caso de él que si estuviera á cien leguas, no atreviéndose á despertarle de su letargo, quedó á un lado entretenido en arreglarse y estirarse elegantemente la gola mientras le duraba su distraccion. Volvió en sí Saldaña de allí á un instante, y pasándose la mano por la frente como si quisiera ahuyentar de aquel modo algun pensamiento fatigoso, mandó á Jimeno que se acercase. -- Ven, le dijo, y háblame de algo que me divierta.

-- Estaba pensando, respondió Jimeno, que debias ir á la corte. El rey os quiere, y no faltaria alli una dama que se apiadase de vuestros pesares, y tratára de aliviarnos con sus caricias.

-- ¿Adónde dices? ¿á la corte, replicó el de Cuellar, á oír chismes, á fastidiarme con las intrigas de Haro, con las quejas de los Laras, á hastiarme de aquellas mugeres frívolas que vistas una vez cansan al otro dia? Quitá allá, Jimeno, háblame de otra cosa.

-- Pero, y ¿qué puede atraeros tanto á este desierto, repuso el page, donde no se oye la voz del heraldo que anuncia las fiestas, ni se sabe de una moda hasta que han pasado dos ó tres en Toledo, y ya es tan antigua como los usos del tiempo de don Pelayo?

-- ¿Y qué me importa á mí la moda ni los torneos, frivolidades que atraen la atención del hombre feliz en su mocedad? Hubo un tiempo en que yo deseaba parecer bien, Jimeno, en que me gustaba agradar porque me agradaba todo,

pero ahora que todo me cansa, ¿ qué me importa á mí desagradar á todos? ¡ Ah! Yo ya aunque quiera no podré nunca parecer agradable.

-- Vos decís eso, contestó Jimeno, porque os apegais demasiado á un amor solo. Si fueseis como yo, que soy una mariposa... La muger que mas se resiste tarda un mes en rendirse, y entonces otra al puesto. Á mí me gusta vencer, y no me contento jamas con una victoria. Ellas, generalmente dóciles, se dejan llevar por donde se las dirige, y ninguna se mata por verse abandonada del que la amó. Á mas, que no se me haria cargo de conciencia que se matase una muger por mí. Al contrario, mejor, seria yo entonces el cupido de las damas, y todas me señalarian con el dedo. Si vos hicierais asi, veriais las intrigas de una para descubrir vuestros pasos, os divertirian, os entretendrian las caricias de la otra con quien fingís, y reiriais de aquella cuyas tramas conoceis, y que está persuadida de que os engaña. No estariais entonces consumido

de ese fastidio que os devora, de esa inquietud, de ese no saber qué hacer. Aquí me teneis á mí, que no tengo una hora de descanso... ¿pero qué, no me oís?

-- Sí te oigo, y te envidio, repuso el conde; no me hables mas de amores; tú eres feliz, y yo ni lo soy, ni lo podré ser nunca en mi vida.

-- Y bien, repuso el page, si desdeñais el amor, ¿por qué no buscáis los laureles y los honores con que debe alhagar la gloria á un hombre de vuestro linage? Acaso don Lope de Haro con su carácter falso y su genio de víbora, ¿tiene mas mérito que vos á los ojos de nuestro rey? Lara, inconstante y rebelde á cada paso, ¿acaso os aventaja en nobleza y valentía? ¿Y por qué vos no habias de ser su igual, y aun superior á todos ellos, y al lado del trono punto menos que el rey recibir los tributos de Granada, disponer de la paz ó de la guerra á vuestra voluntad, humillar el orgullo y las pretensiones de vuestros enemigos, engrandecer á vuestros fie-

\*

les servidores, y por último, ser el ídolo de toda la monarquía? ; Por qué?...

-- Tú tienes ambicion, Jimeno, respondió Saldaña, y por eso te espresas con tanto ardor, y deseas tanto tu engrandecimiento. No es extraño, eres un niño... y quizá tienes razon, continuó despues de un momento de reflexion, yo deberia ir á la corte. Tal vez la confusion, las tormentas de aquel mar de discordias y la continua zozobra que á todas horas agita el ánimo del cortesano... quizá... ;quién sabe?... acaso me distraerian. Pero no, no, yo ya he estado en la corte, he tenido, esta segunda vez cuando estuve á prestar homenaje á don Sancho, los títulos á mi voluntad, y todo me fastidiaba, y nada bastó á llenar nunca el vacío de mi alma; ni siquiera un momento me distrajo el bullicio de la corte, ni un instante disipó mi melancolía. Conozco tu mérito y tu disposicion para cortesano, Jimeno, y puedes estar cierto que aunque yo no esté en la corte tú harás en ella tus adelantos.

-- No me ha movido á lo que os he

dicho, replicó el page disimulando su deseo bajo la máscara de la lealtad, mi propio bienestar, ni lo que mi ambicion me aconsejaria; solo en lo que os he dicho he querido poner remedio á vuestra tristeza, porque en verdad que es lástima que un caballero como vos viva como los padres del Yermo. De mí sé decir, que si fuera señor de Cuellar, conde de Saldaña y capitan por el rey, no pasaria mi vida encerrado en este castillo.

—No envidieis mi poder, Jimeno, replicó el de Cuellar, cuando yo envidio tu alegría, cuando yo me tendria por feliz, no con ser quien tú eres, sino el último de mis vasallos, con tal de poder estar como tú, y poder mostrar una frente tan tersa como la tuya. Tú no puedes comprender mi congoja, la angustia con que late mi corazon, la tristeza, el luto que me rodea... ¡Ah! tú eres feliz, Jimeno, tu alma es nueva, y la mia, la mia... yo la cambiaria por el alma de un condenado.

Pronunció estas palabras Sancho Sal-

daña con tan íntimo sentimiento, que su page, á pesar de su indiferencia natural por las penas de los demas, quedó sin saber qué decirle, bajó los ojos, y se puso á contar los pliegues de su jubon, y á alisarlos con su mano derecha á guisa de pensativo: Saldaña frunció las cejas, miró á Jimeno con aire torvo, envidioso de su alegría; y estremeciendo sus miembros súbitamente como deseoso de apartar de sí su último pensamiento, continuó volviendo á su page: — ¿No sabes tú alguna trova alegre que cantarme? allí hay un laud, añadió señalando á un ángulo de la sala, tómalo y ve si te acuerdas de algo que me divierta.

— Con vuestro permiso, respondió el page; mientras esos gansos de Duarte y García arreglan la fiesta os cantaré la última cantiga que compuso una dama, á quien dejamos el otro dia tres galanes á un tiempo, cuando ella creía que todos la idolatrábamos.

Y tomando el laud se sentó gentilmente en los almohadones enfrente de su

señor, y despues de haber recorrido suavemente sus cuerdas, preludió un acompañamiento, y entonó en agradable voz de esta manera:

Dueña de rubios cabellos,  
tan altiva,  
que creéis que basta á vellos  
para que un amante viva  
preso en ellos  
el tiempo que vos quereis:  
si tanto ingenio teneis  
que entreteneis tres galanes,  
¿cómo salieron mal hora,  
mi señora,  
tus afanes?

Pusiste gesto amoroso  
al primero,  
al segundo el rostro hermoso  
le volviste placentero,  
y con doloso  
sortilegio en tu prision  
entró un tercer corazon:  
viste á tus pies tres galanes,  
y diste al verlos rendidos  
por cumplidos  
tus afanes.

¡ De cuántas mañas usabas  
diligente!

ya tu voz al viento dabas,  
 ya mirabas dulcemente,  
 ó ya hablabas  
 de amor, ó dabas enojos,  
 y en tus engañosos ojos  
 á un tiempo los tres galanes  
 sin saberlo tú, leían  
 que mentian  
 tus afanes.

Ellos de tí se burlaban,  
 tú reías ;  
 ellos á tí te engañaban,  
 y tú mintiendo creías  
 que te amaban :  
 ¿decid, quién aqui engañó,  
 quién aqui ganó ó perdió?  
 sus deseos tus galanes,  
 al fin miraron cumplidos,  
 tú, fallidos  
 tus afanes.

La espresion irónica y maliciosa que tomaron todas las facciones de Jimeno mientras entonó esta trova, y la bulliciosa música con que habia acompañado su canto habrian puesto de buen humor á cualquiera otro que no hubiera sido Saldaña. Pero éste, en lugar de divertirse del gra-cejo de la cancion, habia estado entre tan-

to comparando la dicha del buen page con la amargura de su corazón: así que, al acabar el canto, y cuando Jimeno aguardaba por aplauso al menos alguna leve sonrisa, su amo tenía los ojos fijos en él con muestras de envidia, y dando un suspiro le dijo: — Jimeno, vete, vete; yo soy ahora más desdichado que nunca; vete, porque no puedo ver á mi lado un hombre tan feliz como tú.

— Señor, repuso el page cambiando al punto de fisonomía y aparentando el mayor dolor, si mi alegría os ofende, yo vestiré un cilicio, comeré tierra y me ofreceré á vuestros ojos como el hombre más miserable, para daros un punto de comparación en vuestro favor.

— No, ni aun así, exclamó el conde, serías tú tan infeliz como yo. En fin, basta: ¿qué ruido es ese?

— Son las jóvenes de la fiesta, que vienen á entreteneros, respondió Jimeno.

— ¡Oh! ¡Oh! ¡Qué fastidio! ¡Y para qué se ha ordenado esa fiesta? Vendrán á ensordecirme con su estrépito, veré en

sus ojos la alegría y la inocencia, y la envidia me devorará. No: que se vayan, que se vayan; no quiero verlas siquiera, ya me han cansado.

— Pero señor, repuso Jimeno, vos mismo me lo habeis mandado.

— ¿Yo? ¿Yo?... puede ser, sí; pero no importa, que se vayan.

— Pero señor, ya llegan, respondió el page.

Y bien, yo me iré, y luego da tú orden que se retiren.

Dicho esto, se levantó precipitadamente, y como si alguien le persiguiera salió del cuarto.

Quedó Jimeno mirándole atónito de su repentina determinacion, y dudando si le seguiria ó no, temeroso de incomodarle.

--Daria, dijo, la mitad de mi vida por ser dueño de sus secretos; solo he podido saber que está enamorado de la de Is-car. Sino es mas que eso, no comprendo cómo un hombre, estando las mugeres tan de sobra en el mundo, se da por una sola

tan mala vida. Yo... tambien yo estoy enamorado: esta Zoraida parece al castillo de Albarracin, que no se sabe cómo tomarlo; pero... y qué importa: divirtámonos, y ya que aqui no ha de haber baile, lo habrá fuera de la plaza del castillo: vámonos. Y arreglándose la gola despues de haberse echado una mirada de arriba abajo, enderezó su cuerpo con elegancia y salió de la sala gallardeando.

Entre tanto Sancho Saldaña siguió rápidamente atravesando salas y corredores hasta que dejó de oír el ruido del tamboril, los cantos y la bulla de los bailarines, que muy á pesar suyo se retiraban, tachando á su señor de hombre de poco gusto, y alabando á su gentil page, que calmó su enojo proporcionándoles la esplanada de la fortaleza para que alli saltasen y cantasen á su voluntad. Pero su señor no era extraño que los arrojara y despidiera sin hacer caso de su habilidad, siendo su mayor tormento en el estado en que se hallaba la dicha y el júbilo de los demas. Paseaba entonces silenciosamente

por un oscuro corredor que separaba los cuartos y el tocador de Zoraida de las otras habitaciones. La soledad y la oscuridad de aquel sitio parecía agradarle sobremanera, y sin duda convenia con sus sentimientos. Su cielo angular de arquitectura gótica, su longitud, su estrechez, la tibia luz de la tarde que débilmente entraba por algunas claraboyas abiertas acá y allá en el techo, mas apagada aun por los vidrios de colores que la quebraban amortiguándola, y el eco que resonaba sordamente sus pasos, todo hacia aquel sitio á propósito para que allí Saldaña se embebiera á su placer en sus siniestras meditaciones. Llegaba á un extremo del corredor, y volvía siguiendo su taciturno paseo hasta el otro midiendo sus pasos con los ojos, y seguido de su sombra, que ya alargándose y creciendo desmesuradamente, ya disminuyéndose y achicándose en el delirio de su imaginacion, le hacia á veces pararse y estremecerse, como si viese en ella el mal genio que le perseguia. De repente el eco melancólico

de un laud suave y lánguidamente vibrado hirió su oído con tan armoniosa música y melodía, que suspendiendo á deshora sus pensamientos creyó que un angel apiadado de él le divertia y regalaba trasladándole á la morada del Paraiso. De repente se abrió una puerta que daba á una sala de tocador adornada de espejos de Venecia, ricas alfombras y cojines á la morisca, con rejas á un delicioso jardin, donde brillaba el último rayo del sol poniente, y mil olorosos perfumes y voluptuosos aromas se esparcieron como de una encantada mansion alrededor de Saldaña. Una muger se apareció entonces á sus ojos, reclinada en los almohadones, llena de hermosura y resplandeciente en galas y pedrería. Llevaba en la cabeza un turbante de riquísimas telas, blanco y carmesí, con pasamanos de oro y perlas, y su cabello negro y luciente como el azabache le caía en rizos sombreando á trechos la nieve de la mas airosa espalda que puede pensar la imaginacion. Traía en su cuello, blanco como el ala-

bastro, un collar de finísimos rubíes, y así las pulseras que coronaban sus manos como los carcajes que engalanaban la garganta del pie, eran de oro con mil piedras preciosas allí embutidas.

Todo su trage era á la usanza mora, blanco y carmesí, como su turbante, lo que la hacia sobremanera bellísima, aunque en sus ojos negros y penetrantes se veía el ánimo y el orgullo, en vez de la dulzura propia de los ojos de las hermosas. Con todo, en este momento se dejaba ver en los suyos la espresion del dolor al través de la que le era natural, y en su enérgica y hermosísima fisonomía se mostraban claramente las señales de su tristeza. Estaba de perfil á la puerta que habia abierto para respirar el aire de la tarde y sentada junto á la reja á que se enlazaban algunas ramas de árboles; con el laud se entretenia en vibrar dulces sonidos acordes con su melancolía. Puestos los ojos al cielo, y acaso alguna lágrima solitaria bañando lentamente el lirio de sus mejillas, parecía la imágen de la hermo-

sa Druida llorando al son de su lira en su sagrado bosque su funesto amor por el prisionero que va á perecer en las llamas víctima de la superstición.

Saldaña la contempló un momento mirándola con ojos en que se traslucía aun parte del amor que la habia tenido y de las furiosas pasiones que le inspiraba, acercándose á la puerta sin ruido entre deseoso de irse y de oír los acentos de su laud. La habia amado como hemos dicho con frenesí, pero ahora, quedándole aun algunos restos de su pasión, la aborrecía cuando recordaba que su amor por aquella muger era causa de sus pesadumbres.

-- Hé aqui, se dijo á sí mismo, la muger que he adorado con todo mi corazón, aquella en cuyos ojos veía yo amanecer mi sol y el encanto de mis sentidos; el principio de mis desaciertos, el motivo de mis crímenes. Héla alli. ¿Por qué ahora no la amaré? ¿Por qué ella no podrá hacer mi felicidad?

Estaba en estas imaginaciones embe-

becido, cuando una voz dulce como el primer amor, y melancólica como su recuerdo, vino á disiparlas de nuevo con un dulcísimo sonido que hubiera dado sentimiento á un mármol, y Zoraida cantó blandamente acompañándose de su laud.

*Cancion de la cautiva.*

Ya el sol esconde sus rayos,  
el mundo en sombras se vela,  
el ave á su nido vuela,  
busca asilo el trovador.

Todo calla: en pobre cama  
duerme el pastor venturoso,  
en su lecho suntuoso  
se agita insomne el señor.

Se agita: mas ¡ay! reposa  
al fin en su pátrio suelo,  
no llora en mísero duelo  
la libertad que perdió:  
los campos ve que á su infancia  
horas dieron de contento,  
su oído alhaga el acento  
del país donde nació.

No gime ilustre cautiva  
entre doradas cadenas,  
que si bien de encanto llenas  
al cabo cadenas son:

si acaso triste lamenta,  
 en torno ve á sus amigos  
 que de su pena testigos  
 consuelan su corazon.

La arrogante erguida palma  
 que en el desierto florece,  
 al viajero sombra ofrece,  
 descanso y grato manjar:  
 y aunque sola, alli es querida  
 del árabe errante y fiero,  
 que siempre va placentero  
 á su sombra á reposar.

¡ Mas ay triste! yo cautiva,  
 huérfana y sola suspiro,  
 en clima extraño respiro,  
 y amo á un extraño tambien.  
 No hallan mis ojos mi patria,  
 humo han sido mis amores,  
 nadie calma mis dolores,  
 y en zelos me siento arder.

¡ Ah! ¿ Llorar? ¿ Llorar? no puedo,  
 ni ceder á mi tristura,  
 ni consuelo en mi amargura  
 podré jamas encontrar.  
 Supe amar como ninguna,  
 supe amar correspondida:  
 despreciada, aborrecida,  
 ¿ no sabré tambien odiar?

A Dios patria, á Dios amores,  
 la infeliz Zoraida ahora  
 solo venganzas implora  
 ya condenada á morir.  
 No soy ya del castellano  
 la sumisa enamorada,  
 soy la cautiva cansada  
 ya de dejarse oprimir.

Aqui dió fin á su canto la hermosa mora, y exhalando un suspiro dejó el laud tristemente sobre una almohada, se levantó y acercó á la reja, comparando el silencio, la calma y la serenidad de la noche con la tormenta y la inquietud de su corazón. La hora, la soledad, la magia de su voz, y sobre todo la melancolía de su canto, penetraron de modo el ánimo de Saldaña, que arrimado á la puerta habia estado oyendo, que largo rato quedó suspenso en el mismo sitio y acongojado, comparando la memoria de los dias pasados con la amargura y fastidio de los presentes. Entretenido en esto hizo ruido sin saberlo ni volver de su distraccion, y la mora, volviendo la vista, halló á su amante, fijo á la entrada de su

cuarto, inmóvil como una estatua. Sorprendida de verle cuando ya no esperaba nunca que la visitase, impelida del amor que ardió repentinamente en su alma á la vista del que se lo hacia sentir, y combatida de su altivez, quedó parada un instante, dudosa de si le hablaría primero, ó si debería retirarse. Por último, fijando en él sus ojos llenos de fuego, y mirándole con orgullo sin dar un paso á recibirle, le dijo: -- Raro se me hace que el señor de Cuellar venga á visitar su cautiva.

Detúvose aquí un momento para aguardar su respuesta; pero viendo que Saldaña la miraba sin hablar palabra, continuó: -- Digo que se me hace raro, porque aunque en otro tiempo no le fuera desagradable mi compañía, hace ya mucho, muchísimo, que me ha dejado abandonada y entregada á mí misma sin cuidarse de mi persona.

-- No me hagas reconvencion ninguna, respondió Saldaña, de lo que yo no tengo la culpa. Zoraida, te he amado como nunca se amó, tú lo sabes, pero ahora...

\*

-- ¿Ahora qué? dilo, acaba, prosiguió Zoraida con impaciencia.

-- No, dejame, replicó el de Cuellar; mi vista para tí es un mal, la tuya para mí... ¡Ah! me trae á la memoria mis vicios, mis desórdenes, mis crímenes, y sobre todo me hace conocer que soy infeliz, y que lo seré eternamente. Tú me has dejado sin alma, has agotado en mí el sentimiento, y si alguno ha quedado ahora en mí, es solo el del egoismo. ¡Ah! ¡por qué, si fue un sueño mi felicidad, contigo no espiré yo antes de despertar!

El acento de la desesperacion vibra y se corresponde en el corazon de los desesperados, y las palabras de Saldaña resonaron en el de Zoraida hiriendo su sensibilidad. Veía delante de sí triste y abatido al que á pesar de todo ella idolatraba con frenesí, le oía que echaba de menos los placeres que habia disfrutado amándola, y esto le trajo á su memoria los que ella habia gozado á su lado, y le hizo olvidar de su ingratitud.

-- Saldaña, le dijo acercándose á él

y mirándole con ternura, yo te amo, yo te adoro mas que nunca; ámame como antes, ten esperanza, sí, tu serás feliz todavía, yo con mis caricias distraeré tus pesares, créeme, serás feliz.

-- ¡Feliz! repitió Saldaña como un eco de sus palabras. ¡Jamás! ¡Jamás! Tú te engañas, Zoraida; ni en vida ni en muerte podré ser ya nunca feliz. Tú, sí, olvídame, huye de aquí, tú eres libre, huye, y olvida al que ya no conoce otras sensaciones que las de la envidia, al que aborrece á cuantos le rodean solo porque los cree felices; huye de mí te digo.

-- No, jamás, le contestó Zoraida. Nunca me separaré de tí; aquí viviré dichosa si me amas, y cariñosa contigo; desdichada si me aborreces, y, no te lo oculto, no, meditando planes para vengarme. Yo no he amado mas hombre en el mundo que tú, yo he vivido solo por tí, he respirado por tí, solo te he visto en el universo; si me dejas, si me echas de tí, tiembla, Saldaña; soy una muger, no puedo medir mis fuerzas contigo, no

tengo campeón ninguno que me defienda; tú eres un señor poderoso, tienes mil lanzas á tu servicio, un brazo que temen los mas valientes guerreros de mi país; yo soy sola, sola, mi brazo es débil, pero mi furia es la del huracan, la de cien tormentas, y mi venganza se cumplirá, porque yo querré que se cumpla. Pero si tú me vuelves tu amor, continuó cambiando el tono enérgico con que hablaba, y modulándolo dulcemente, entonces yo te idolatraré, yo seré tu esclava. Mírame, Saldaña, á tus pies, vuélveme tu cariño.

Bajó Saldaña los ojos, y la vió arrodillada, encontrando en los suyos todo lo que el amor puede espresar con mas fuego; pero su corazón helado no sintió al verlos movimiento alguno, insensible ya á todo, escepto para fatigarse con dolorosas memorias y atormentarse con remordimientos.

-- Muger, levántate, levántate, y olvídame para siempre; te he hecho tan desgraciada, ¿y aun puedes amarme? Le-

vántate, y sea esta la última vez que nos encontremos.

Zoraida se levantó con dignidad, y echándole una mirada de indignación,

-- ¡Ingrato! exclamó; tú quieres que te olvide no por generosidad, sino porque tú me has olvidado á mí ya. Lo sé, sé todo lo que meditas; pero Leonor de Iscar no será tu esposa mientras yo viva.

-- ¿Qué dices? ¡Leonor! repuso prontamente Saldaña. ¿Sabes tú de ella? ¿Dónde está? ¿Acaso tú?... Habla... Dí, ¿dónde está?

-- ¡Desgraciado! gritó Zoraida con una sonrisa sardónica. ¡Ah! ¿No la posees todavía? ¿se malogró tu intento? ¡Qué placer! ¡Qué placer!

-- Muger infernal, ¿la has robado tú? dí, ¿dónde está? Sí, tú has sido, sola tú eres capaz de entenderte con un espíritu del infierno.

-- ¡Ah! ¡No la posees, no la posees! continuó entre tanto la mora en un acceso frenético de alegría, gritando fue-

ra de sí como enagenada. ¡Oh! ¡Bendita, bendita la mano que lo estorbó! ¡Y un señor como tú no ha podido robar una muger?

-- Calla, gritó Saldaña asiéndola fuertemente de un brazo, y tirando de su puñal; dí dónde está, ó te asesino.

-- No lo sé, replicó Zoraida sin turbarse; pero aunque lo supiera, continuó con sarcasmo, ¿crees tú que te lo diría? Todo tu poder, todas tus amenazas, mil tormentos no bastarian á arrancarme el secreto que yo quisiera guardar.

-- ¡Muger! exclamó Saldaña tirándola fuertemente hácia sí, y acercando el puñal á su pecho, dí, dónde está, dónde, y si lo sabes no me precipites; dí dónde está: te amaré... dilo... ó por Santiago, continuó rechinando los dientes, te hago pedazos el corazon!!!

-- Sí, asesíname, gritó Zoraida, y mi maldicion te perseguirá como la del sacerdote que hiciste perecer en las cárceles de este castillo, como la de tu

padre, que abandonaste en su lecho de muerte.

--; Mi padre! ¡Oh Dios! interrumpió Saldaña.

Una voz resonó en aquel momento en el corredor que le nombró al mismo tiempo, y Saldaña, dejando de pronto el brazo que tenia asido á Zoraida, salió del cuarto cerrando violentamente la puerta, y atravesó á largos pasos el corredor. La voz que le llamaba seguia siempre tras él, y pasado el primer terror volvió la cabeza y reconoció á su page, que le buscaba para entregarle una carta.

— ¿Qué me quieres? le preguntó con aspereza avergonzado de su sorpresa. ¿A qué diablos vienes ahora?

— Señor, repuso el page, un escudero ha entregado á la puerta del casti- llo esta carta, diciendo que era un asunto importante, y que se os remitiera al punto, y yo...

-- Está bien, interrumpió el de Cue- llar; vamos á ver qué es.

Y entrando en la sala donde ardian

sobre la mesa dos lámparas de plata se acercó á la luz, abrió la carta, y leyó.— *Si el señor de Cuellar es digno del nombre de caballero, mañana á las cinco de la mañana se presentará solo y armado de todas armas á la orilla del Cega, donde encontrará un caballero que desea medirse con él sin ventaja. Si teme alguna emboscada puede hacerse acompañar de alguna gente de armas.*

-- No trae firma, dijo Saldaña sorprendido del mensaje. ¿Conoces tú al escudero?

-- No señor, respondió el page, no le he visto nunca en mi vida.

-- ¿Está aun ahí? ¿Dijo si aguardaba respuesta?

-- Lo mismo fue entregar la carta, replicó el page, que desapareció á todo el galope de su caballo.

-- ¿Quién será? ¡Pobre caballero! Mucha gana tiene de morir cuando desea medirse con un hombre desesperado. En fin, mañana se le cumplirá el gusto. Oye, Jimeno, continuó, dí á Duarte que para

mañana á las cuatro y media esté pronto mi caballo de batalla el Morillo, ¿entiendes? y tú me prevendrás mis armas. Veremos quién es ese que aborrece tanto su vida.

El page salió á cumplir sus órdenes al momento, y él continuó hablando consigo mismo,

-- Ojalá hallase yo en su lanza el término de mi vida. ¡ Leonor! ¡ Leonor! ¡ Oh! El infierno entero está junto en esa mora que trajo mi mala suerte á este castillo. Poco me costaría librarme de ella... pero ¿sabria yo entonces en dónde tiene á Leonor? Jimeno es astuto, quizá podría averiguarlo. Veremos: vamos á ver si puedo descansar esta noche. Esta hora es cruel. ¿Y cuál hay para mí que no lo sea? ¿Hago yo diferencia del dia á la noche?

Dicho esto, y habiendo vuelto á entrar Jimeno en la sala, despues de haberle dado parte del cumplimiento de sus encargos se retiraron, y el señor de Cuellos pasó la noche tristemente agitado de

pesados sueños, y con la misma zozobra y pena que le quitaba el descanso y ahuyentaba á todas horas la paz de su corazon. Tan cierto es que una conciencia turbada es el mayor castigo del criminal.



---

**CAPITULO IX.**


---

Desmayarse, atreverse, estar furioso,  
áspero, tierno, liberal, esquivo,

.....  
leal, traidor, cobarde y animoso:

no hallar fuera del bien centro y reposo,  
mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,

enojado, valiente, fugitivo,

satisfecho, ofendido, receloso:

huir el rostro al claro desengaño;

beber veneno por licor suave;

olvidar el provecho, amar el daño:

creer que un cielo en un infierno cabe;

dar la vida y la muerte un desengaño:

esto es amor. Quien lo probó lo sabe.

*(Lope de Vega.)*

.....  
..... una vieja así enfadada  
que á nadie placer dá, ni gusto en nada.

Toda menor que de la mano al codo,

de enfermedades y de horror cubierta,

corto el cano cabello, el cuerpo todo

de flacos pliegues lleno y color muerta,

de raíces hecha. ....

*Valbuena. (Poema del Bernardo.)*

**T**ARDE era ya aquella misma noche,  
cuando á la tibia luz de la luna recorría

los corredores de la fortaleza una figura blanca, aérea y nebulosa, entre la luz y las sombras, semejante á un sueño de amor ó á una aparicion celeste, hollando apenas el suelo, y agil y ligera como el pensamiento. Ya desaparecia por instantes, ya otra vez brillaba sobre las almenas que plateaba la luna, ya se perdía de nuevo, ya en alguna elevada torre aparecia, sin que la rapidez de su marcha disminuyese ni se pudiese descubrir su rostro. Invisible, tal vez, para los vijías que acá y allá en diferentes puntos velaban, mostrábase siempre en los puntos abandonados, donde apenas se detenía un momento como cuidadosa, cuando se ocultaba en seguida, bien asi como si se disipase en el aire. Hubiérase creído que era el genio tutelar del castillo, que por secretos é ignorados caminos recorria todo, veía todo y en todas partes se hallaba, ya desvaneciéndose entre los rayos que destellaba la luna, ya tomando una forma bella y magestuosa al aparecerse. Vióselas, en fin, en una de las torreci-

llas que flanqueaban el edificio, detuvo allí sus pasos, miró á un lado y á otro con ansiedad, y en aquel momento dejóse ver enteramente á la luz. Su blanco ropage, como el vellon de una nube, ondeaba en pliegues al viento, y entre el rayo de la luna y la oscuridad de la noche se confundia: el aura susurraba en su cabellera tendida, y todo era mágico á su alrededor; pero en su ademan, aunque hermoso, habia algo de triste y abatido, y en sus ojos centelleaban acaso algunas lágrimas de tiempo en tiempo, y la inquietud é intensidad de su mirada revelaban las encontradas pasiones que la agitaban. Dos veces miró á un lado y á otro con recelo de que alguno la sorprendiera, dos veces tendió la vista por el espacioso campo, y su ojeada despedia una luz mas viva y mas ardiente que la que disipaba con su claridad las tinieblas. Parecia como si deseara las alas del águila, la rapidez del huracan, para atravesar de un vuelo el espacio á par de la velocidad de su pensamiento. Allí en alguna parte buscaba

algun objeto de odio inmenso, de amor desesperado sobre quien descargar su ira y en quien saciar su rencor, ó á cuyos pies volar para pedir piedad y alcanzar el perdón de algun crimen entre sus brazos. Su mirada penetraba como el rayo de la tormenta, volaba al igual de su imaginación, y en sus ojos se retrataban todos los delirios de ternura y de aborrecimiento que á cada instante presentaban diversos cuadros á su fantasía. Era, en fin, Zoraida delirante, Zoraida zelosa, enamorada, cruel, vengativa, lleno su corazón de furia, de zelos, guiada por una sola intencion. Su fin era averiguar dónde estaba Leonor, morir ó asesinarla. Criminal era ya Leonor á sus ojos porque la amaba Saldaña, porque la robaba el único bien que ella poseía en el mundo, porque era, en fin, preciso marchitar la hermosura de aquella muger cuyos encantos, aunque tal vez contra su voluntad, habian hechizado á Saldaña. La imagen de ella muerta á sus pies, vengando á un tiempo con un solo golpe todos los desai-

res y desprecios que habia sufrido, la idea de ver frustrados los intentos del infiel amante, de verle llorar, padecer y desesperarse, y de ser ella, ella sola el único agente de su venganza, hacia alguna vez asomar á sus labios una sonrisa diabólica de satisfaccion. ¿Y por quién iba á ver torcidos y descompuestos sus planes el caballero mas poderoso de Castilla, el temido de los guerreros, el señor de mil lanzas y á quien pagaban pecho tantos vasallos, el hombre á cuya voz obedecian tantos pueblos, tantos soldados y servidores, el señor de horca y cuchillo en su señorío, por quién? Por una muger cautiva, sola, sin otro apoyo, sin otro amigo en el mundo que ella misma; por una muger cuyo sexo, débil por naturaleza, hacia parecer como sin ánimo y llena de timidez á la vista del guerrero menos intrépido, cuyo brazo apenas podria levantar la espada mas ligera de un hombre de armas, y cuyo pecho sufocaria la coraza menos pesada. Por una muger sin mas armas en la opinion de to-

dos los hombres que las de su hermosura y sus lágrimas, y á quien su poderoso amante habia amado y habia dejado tan sin miedo y con tanta indiferencia como un niño toma ó deja un miserable juguete. Seguramente que habia algo de sublime y de grande, y sobre todo mucho de alhagüeño para el amor propio de Zoraida, cuando se comparaba con el hombre cuyos designios iba á contrastar y á desbaratar de un solo golpe, y veía la balanza del poder inclinarse por entonces en su favor. ¡Cómo iba ahora á satisfacer su venganza! ¡Cuál sería el chasco de Saldaña cuando preguntase quién habia osado desafiar su cólera, y cuando esperara ver algun señor tan nombrado y poderoso como él, algun amante zeloso de Leonor, algun guerrero capaz de sostener á todo trance su temerario arrojo, viese delante de él su cautiva teñida aun en la sangre de su víctima, y aguardando impávida todo el torbellino del primer ímpetu de su rabia, alegre con morir despues de haber inun-

dado el corazón del perjuro de todo el veneno en que antes habia rebosado el suyo. ¡Oh! él presenciaria su triunfo, y al condenarla á morir lograria, sí, una venganza; pero no por eso volveria la vida á su amante; no gozaria por eso de su hermosura, ni aun abrazaria su frio cadáver, porque no veria mas que á la muger que despreció, un puñal y la sangre de su Leonor.

Y luego nuevos remordimientos se juntarian á los que ya roían su corazón; nuevas fantasmas turbarian su reposo; nuevos crímenes seguirian á los ya cometidos; donde quiera veria á Leonor, la llamaria, y al llegar á ella solo hallaria delante de sí su sombra, tal vez, y el brazo y el puñal de Zoraida sobre su pecho.

Tales eran los pensamientos de la mora, y tal el porvenir mas agradable y mas consolador que en su furia se prometia. Los zelos la habian hecho dejar su habitacion, agitada de una fiebre ardiente, loca, furiosa y desatentada, buscando su rival, sin saber dónde hallarla, figurándo-

\*

se en su delirio verla junto á sí, y verse ya en el acto de asesinarla.

Pero otras veces la imaginaba muy lejos, fuera del alcance de sus zelos, como si una muralla impenetrable se alzase entre los dos, como si un poder invisible la defendiese é hiciese inútiles sus esfuerzos para alcanzarla, y entonces la veía en brazos de su amante, y que ambos la miraban retorcerse las manos y arrojar espuma por la boca de rabia y de fatiga, burlando con risas de escarnio sus impotentes esfuerzos, señalándosela con el dedo uno á otro, y en paz dulce y en inalterable sosiego, haciéndose mutuamente caricias tan suaves, tan tiernas y tan ardientes como el amor que las causaba, viendo uno en otro su cielo y su felicidad.

Y ella entonces comparaba su estado y el de ellos, y se derribaba en el suelo y se arrastraba, mesaba su rostro, y lloraba como si realmente sucediera así, y se mordía á sí misma como si quisiera hacerse pedazos.

Y luego corria de una parte á otra, y pensaba que en mudando de sitio se disiparía su fatal ilusion, y no hallaba descanso en ninguna parte, y donde quiera el mismo cuadro despedazador la perseguia. En vano se lanzaba de uno en otro corredor, de una en otra torre; el mal estaba en su corazon, y en su demente arrebatado llevaba las manos sobre su pecho como si quisiera arrancárselo.

Y luego tal vez recordaba los dias de felicidad que habia gozado, las palabras dulces que en tal ó cual momento habia oido enagenada de boca de su amante, y que habian quedado grabadas en su memoria, y que tantas veces habia ella repetido á sus solas con inesplicable delicia. Y ardía con la memoria de sus besos, y aun se estremecía de placer, y recordaba tambien los dias que mano á mano con él, olvidada de todo el mundo, alegre, descuidada, tierna, libre de zelos, y entregada solo al amor, habia pasado á la fresca sombra de las arboledas, en encantados bosques, al margen de claros y mur-

muradores arroyos, sin susto, en paz y tiernamente correspondida, y las noches de placer, y el rayo trémulo de la luna, y los besos de fuego, cuyo agradable estallido interrumpia solamente el silencio.

Y veía despues al ingrato gallardo en los torneos, cuando la nombrara reina de la hermosura con vergüenza y á despecho de las mas brillantes damas que honraban con su belleza el palenque, y con él á todos los valerosos caballeros rendirla homenaje, y al tiempo de coronarle, como á vencedor de la justa, sentia penetrar todavia hasta su corazon la mirada cariñosa y ardiente del impetuoso Saldaña. Y luego le contemplaba en el festin con ella, con ella en la carrera del crimen, de la gloria, de la infamia, de la virtud y del vicio. Y sentia rasgársele las entrañas con tan amargo recuerdo, y desmayar su ánimo y escaldar sus mejillas torrentes de lágrimas abrasadoras como plomo derretido.

Y él, y él, y siempre él en su corazon y en su fantasía, y suspiraba por él

y por él gemia, y su llanto no parecía tener término. Y entonces ¡oh! de rodillas, inclinaba la faz al suelo, imaginando que le besaba humildemente los pies, y le rogaba, le suplicaba no ya una amorosa caricia, no ya una mirada de lástima, no ya que la amase como antes, sino que no amara á otra alguna. Que se sirviese de ella como de una esclava, que la despreciara, que la insultara, que la aborreciera, que la maltratara, pero que al menos no juntara sus labios á los de otra muger, no dijera á otra las mismas palabras que á ella, y que le dejase á su lado para únicamente mirarle, cuidarle é idolatrarle.

Que si le enojaba su vista, ella le vería desde donde él no pudiese verla, que nunca mas le cansaría con sus amores ni con su presencia, sino que resignada con su suerte se contentaría con adorarle en silencio, y velar sobre él como un ser invisible.

Pero despues resonaban en su oído las ásperas palabras de Saldaña que la arrojaba de sí, y le contemplaba loco de amor

por su dichosa rival, buscándola con ansia, y entonces, volviendo los ojos al cielo, rojos de tanto llorar, pero secos ya y con desesperado ademán, blasfemaba de su Dios y de su profeta, y de la horrible fatalidad que la habia traído á amar á un engañoso cristiano, á preferir la esclavitud á la libertad, un país extranjero á su patria, y maldecia el brazo de hierro que la tenia allí sujeta en aquel odioso castillo. Y entonces pensaba en los bizarros árabes de Granada, en las damas que rodeadas allí de su familia, y mimadas y obsequiadas por sus animosos galanes, disfrutaban de su amor sin zozobra, sin remordimientos, y alhagadas de las esperanzas mas lisonjeras. Y comparaba su suerte con la de ellas, como un condenado podria comparar el paraíso con el infierno, y sentia un dolor como si le arrancasen con tenazas ardiendo pedazos de carne de su cuerpo, cuando se decia á sí misma que aquella debia haber sido su suerte sino hubiese sido cautiva, sino hubiese conocido á Saldaña y no habiéndolo-

se enamorado de él, hubiese pagado su rescate y hubiese vuelto á su patria. Que no estaria sola como ahora, y tendria quien enjugase su llanto si lloraba, quien sonriyese con ella, y en fin, quien la defendiese y la ayudase contra el que intentara ofenderla, y nadie entonces la insultaria ni serian desoidas sus quejas.

Su delirio alejaba de ella todo lo agradable, al mismo tiempo que acercaba y engrandecia á sus ojos las imágenes mas crueles. Leonor estaba en todas partes, en donde quiera estaba Saldaña, y en la mente de la desventurada mora mil siglos corrian á cada momento que pasaba, porque en cada momento sufría tantas penas, y tantos pesares se agolpaban á su alma y la despedazaban á un tiempo, que los de un solo instante pudieran componer el total de los tormentos de toda la vida humana. Su intento era buscar á Leonor y salir del castillo, y sin saber adónde andaba, andaba y corria aqui y alli, y ya se figuraba lejos del sitio de donde habia partido, cuando se encontraba otra

vez en él, y otra vez y otra vez atravesaba mil diferentes pasadizos secretos que ella sabia, y nunca acertaba á salir de la fortaleza, turbada toda, y perdida en el caos y el laberinto de su imaginacion.

La noche tranquila como el lago del valle, la luna bañando en luz pacífica las estendidas llanuras que de las torres se descubrian, el aire sin ruido, el campo sin ecos, el castillo lóbrego y en silencio, la hora ya muy adelantada, el reposo y el sueño en que estaban sumergidos los demas vivientes, todo parecia convidar al descanso, y ella sola no sosegaba, y ni su espíritu ni su cuerpo cesaban en su agitación. Algun centinela que la divisó, ni dió ni hizo seña de haberla visto, y creyéndola algun espíritu no hizo sino persignarse. Cuando ella contemplaba la calma que reinaba á su alrededor, aquella misma paz aumentaba su inquietud lejos de tranquilizarla. Figurábase á Saldaña embriagado en sueños de amor, regalado de ilusiones felices que estaba muy lejos sin duda de gozar el tétrico caste-

llano , pero que la zelosa mora le pres-  
 taba en su delirio para atormentarse mas  
 á sí misma. Si contemplaba el castillo , la  
 oscuridad y el rayo de la luna , reflejando  
 débilmente en sus altas y ovaladas venta-  
 nas , imaginaba la fortaleza una tumba,  
 y el pálido reverbero de la luz , la llama  
 trémula de las antorchas fúnebres. En  
 cada sombra veía un angel de tinieblas  
 que la perseguia y la acosaba , ó un mo-  
 tivo de zelos , una Leonor enamorada que  
 venia en busca de su amante , y que se  
 iba á encontrar en su camino con ella.

Por fin, el ansia de vengarse , domi-  
 nando enteramente su alma , sujetó su  
 imaginacion , calmó su desvarío , y le hi-  
 zo tomar un camino recto y seguro afir-  
 mándola en un pensamiento único. En-  
 tonces volviendo en sí , su marcha fue mas  
 rápida , y con firme paso y decidido áni-  
 mo deshizo , ya con conocimiento de dón-  
 de se hallaba , las vueltas que equivocada-  
 mente habia dado , y bajando por se-  
 cretas trampas á escaleras y sitios que so-  
 lo ella y el arquitecto del castillo tal vez

conocieran, tomó el camino mas corto para salir al campo.

Llenos estaban los fuertes de aquella época de estas salidas ocultas, de que se servian sus señores, ya para sus empresas particulares, ya para caer inopinadamente en caso de sitio sobre sus enemigos, ya para facilitar una retirada, y ninguno de cuantos secretos contenia aquel alcázar ignoraba Zoraida, que criada en él, habia mil veces recorrido todos. Servíase en su camino por aquellos desiertos tránsitos de una linterna sorda de metal, y llena de sobresalto, delirando sin cesar, y murmurando entre dientes algunas veces, parecia una maga que en sus furiosos descendia al infierno á evocar las almas de los condenados.

Entre tanto, cierto rumor llegó á sus oídos, aunque á bastante distancia, que en un principio creyó seria causado por el gemido del viento; pero luego sonó una voz áspera y ronca como de un borracho de oficio, que hablaba con otros que contestaban con brindis y carcajadas, y con-

forme caminaba adelante sintió mas cerca el ruido de copas de barro rotas y un estrépito semejante al que produce una órgia desenfrenada.

Era el alboroto en las cuadras de los soldados aventureros, y una luz que ondulando ya alumbraba unas veces, ya otras al parecer se estinguia, y que á corta distancia reflejaba del cuarto del capitán de este cuerpo, y los desentonados gritos que de allí se oían, mostraban la bacanal y el desorden en que pasaban el tiempo. Pero una voz de muger se oyó acaso en medio de las roncas y vinosas de los varones, y aunque apenas se percibió débilmente, el oido de Zoraida distinguió el sonido, y su primer pensamiento fue que era la voz de Leonor que estaba ya en el Castillo, y que á la mañana siguiente debia ser presentada á Saldaña. Esta idea absurda sin duda, y que hubiera desechado ella misma si estuviera en su cabal juicio, fue cabalmente la primera y la única que se ocurrió á Zoraida, con tanta obstinacion y tan ciegamente,

que ni la borrachera de los que allí estaban, ni las groseras palabras con que agasajaban á la supuesta rival, ni las descaradas respuestas de ella, nada pudo hacerla reflexionar de otro modo. El estruendo crecía; el estrépito, las voces, las risotadas, los golpes en las mesas, los brindis y las maldiciones, todo lo oía la mora desde su encallejonado pasadizo sin perder una sola sílaba.

Callaron todos de pronto, y la misma voz mas ronca y desafinada que las otras entonó una cancion, que verdaderamente tenia algo de infernal en su música, haciendo ruido al mismo tiempo con un cacharro contra una mesa para acompañarse.

Pobre diablo Satanás,  
 bebe vino,  
 emborráchate y verás  
 qué divino  
 te se figura el infierno  
 en verano y en invierno.

CORO.

O Satanás, Satanás,  
 emborráchate y verás.

Vino largo, una querida,  
 pelear,  
 y beber, esta es la vida  
 militar;  
 y beber hasta caer,  
 y beber y mas beber.

Y otras seis ú ocho voces que se distinguían por sus diferentes tonos y su des-acuerdo, como de gatos que maullan unos en tiple y otros en bajo, entonaban el estribillo:

*O Satanás, Satanás,  
 emborráchate y verás.*

Y concluían su canto con un grito agudo, lúgubre y prolongado, semejante al que lanza el perezoso *Ay* en los desiertos de América. Dos veces repitieron este alarido, y luego bebieron, vocearon y juraron; cantaban unos, se peleaban otros, se desafiaban aquellos; las mugeres chillaban, y todo era confusion, alegría, llanto y borrachera.

En la locura de Zoraida, aquella estancia se le figuró mas propia de los demonios que de los hombres. La hora que era, y el alboroto que traían en un sitio

subterráneo, daban cierta apariencia extraordinaria al festin, y ella habia oido á Saldaña mismo hablarla de una aparicion, de un espíritu que habia robado á Leonor. Este pensamiento le confirmó en su primera conjetura acerca de la voz de muger que habia oido, y se resolvió á penetrar alli si era necesario, y averiguar de cualquier modo si era ella efectivamente.

Pero aunque el amor á la vida no fuese hacia ya mucho tiempo el primer móvil de las acciones de la desconsolada mora, y muchas y poderosas pasiones hubieran sofocado en su corazon este deseo de conservacion innato en todos los animales, el pudor es el último sentimiento que abandona la muger, y la idea de entrar en aquella especie de perrera, mezclarse con hombres groseros y acalorados con las bebidas, y esponerse á una gracia hedionda y desvergonzada, la hacia temblar, sin atreverse siquiera á mirar á dentro por una claraboya que adornaban dos hierros atravesados en cruz.

En esto la puerta del cuarto que caía

al otro frente se abrió, y entró un soldado que salía sin duda de centinela, que saludando al que parecia ser el gefe, tomó un jarro de vino y se lo echó á pechos de una sentada.

— Juro por la barba del miramolin del infierno, que en la centinela de esta noche he sentido pasar junto á mí un alma en pena, toda rodeada de fuego.

— A la salud del alma en pena, gritó el capitan; y empinó la bota mas de média hora seguida.

— Por la muerte y pasion que hemos de sufrir todos los que aqui estamos, dijo uno con cara de leon de piedra y con ademan grave y solemne, que no hay alma en pena como la mia, que estoy penando con esta cara de baqueta vieja porque me quiera esta desagradecida.

— Sí señor; cuando digo que yo la he visto, ¿ cómo se entiende?

— Mentira; yo te digo que no es posible, respondia otro muy enfadado.

— ¿ Pues á que sí?

— ¿A qué no? ¿y cómo es?

— Es una figura blanca; lleva tras de sí un gato negro.

— Es verdad, respondió otro, que yo la he visto esta noche pasearse de torre en torre.

— Y volar por el aire á caballo en una serpiente de fuego, añadió el primero.

— ¿Á que no eres capaz de ir á buscarla? apostaba uno en otro corrillo.

— Ahora mismo.

— ¿A que no?

— ¡Ea, muchachos! un buen trago y mano á la retama, dijo y bebió, y empuñó su espada.

— ¡A buscar la fantasma!

— A buscarla, á buscarla, repitieron todos á un tiempo sin saber lo que iban á hacer ni lo que decían, y con las espadas desnudas salieron de tropel, como un torbellino de demonios vomitados por el infierno.

Pero la fantasma que buscaban era la mora; y ésta, que habia satisfecho ya

su curiosidad, se habia retirado á tiempo, y caminaba entonces por un pasadizo subterráneo, muy segura de que aquella gente trabajaria en vano por encontrarla. Ni era esto tampoco en lo que pensaba: varias veces habia oido contar grandes prodigios y milagros hechos de una bruja de las cercanías que tenia amedrentados á los mas intrépidos. A esta, pues, quisiera hablar Zoraida para consultarla y pedirle que le diese un medio terrible de vengarse, ó una bebida para Saldaña que le hechizase y enamorase de ella de tal manera que ni aun en la muerte se separaran sus almas, ó un veneno de odio para ella sola que le hiciera aborrecerle tanto como le habia amado. El subterráneo por donde caminaba tenia una salida al pueblo y otra al campo en el lado opuesto: tomó Zoraida la segunda, y despues de haber andado mas de una hora se halló al raso cerca de Torre-Gutierrez, castillo perteneciente á los señores de Cuellar. Habia andado cerca de una legua sin sen-

\*

tirlo, sin cansarse, y enteramente entregada á su único pensamiento.

Cuando salió al campo la respiracion le faltaba, su cabeza ardia hecha un volcan, el corazon le hervia, y su sangre, como la lava del Vesubio, habia hinchado sus venas y hacia palpitar todo su cuerpo. Habia refrescado el aire, y ella abierta la boca lo respiraba con ansia y lo bebia, y todavia quemaba á su parecer; gotas de sudor corrian de su frente ardiente como de fuego, y varias veces en algunos arroyuelos que entre juncos alli corrian refrescaba su seco paladar, que otra vez abrasaba de nuevo el incendio que arrojaba su corazon. Caminaba, no obstante, sin cesar; pero ya sin saber adónde, y solo detenia el paso y se paraba cuando alguna ráfaga de viento venia un momento á aliviar su ardor. Pero entonces figuraba que oía en su susurro besos, caricias, palabras dulces en torno de ella, y la voz de Saldaña y la de Leonor. Y luego creía que resonaban voces de maldicion ó de lástima,

y oía en el murmullo de las aguas y en el gemido de la brisa, y en el rumor de las hojas, que Saldaña la maldecía, y lo que era aun mas cruel, que Saldaña idolatraba á Leonor. Y huía entonces hácia otra parte toda desatalentada, y asi, ya suspendiendo el paso, ya caminando con indecible precipitacion, se emboscó entre los pinos que estan á la derecha de Torre-Gutierrez, y alli se enmarañó y se perdió entre las sombras como un espectro errante.

Pero no habia andado muchos pasos cuando cayó sin aliento y rendida, y quebrantada con la fatiga, al pie de algunos árboles tan espesos que impedían entrarse la luz de la luna. Alli, ya sin fuerzas y casi exánime, sintió un sudor frio que le helaba hasta los huesos sin cesar; por eso el ardor calenturiento que la abrasaba. Su cuerpo, débil y falto de alimento, no podia ya sostenerse, y el espíritu, trabajado y fatigado ya con tanto sufrir, no podia tampoco comunicarle mas ánimo. Cayó, pues, y no hizo ningun movimiento para

levantarse, ni para mudar de postura, ni levantó la cabeza, ni gemia, ni podía llorar, y solo daba á conocer que vivia el incesante movimiento de su pecho, que parecia henchido de tormentos vivos que luchando en su centro unos con otros lo alborotaban.

Una luz á corta distancia que parecia andar sola se descubrió que venia por el bosque hácia ella, ya á veces desapareciendo entre los espesos árboles, ya otras derramando su ondulante reflejo que aumentaba las sombras en vez de desvanecerlas, con un brillo tan pálido y moribundo como el de una vela amarilla. Nadie se veía; no obstante, la luz se acercaba, y en la imaginacion de la mora, cuyos ojos habia herido su destello una ó dos veces, aquella luz á tan escusada hora, y en aquel bosque, se presentó como cosa sobrenatural y del otro mundo. Quizá el angel Azrael, que compadecido de sus pesares venia á cortar el hilo de su vida: quizá... quien puede decir lo que se figuró, pensó y creó la enagenada Zorai-

da. Pero no por eso se levantó de donde estaba, sino que fijos los ojos fuera ya de sus órbitas en la misteriosa luz, miraba como demente, y tal vez, según las imágenes que en su delirio inventaba, se descubría una sonrisa amarga como la hiel en sus labios trémulos y blanquecinos. La luz, empero, torció á un lado como si cambiara de senda, pero bien pronto volvió á brillar, y una voz se oyó que murmuraba maldiciones entre dientes, y que en tono monótono y como si rezara pronunciaba varias palabras mágicas ó tenidas por tales, y que en informes versos puestas, sonaban como el regaño sordo de un perro alano. Callaba en seguida como si esperara que alguno le contestase; pero sin duda no estaba de humor de responder el ser sobrenatural que evocaba ó no la oía, y la voz redobló sus conjuros. Tal vez se imaginó el encantador de la luz que había ya recibido respuesta, y volvió á callar. Volvió entonces á andar la luz hácia donde estaba Zoraida, y un ente informe de estatura raquílica

y consumida, imperfectísimo remedo de una muger, quizá una especie de animal nuevo, una vieja, en fin, de ojos de víbora, tan flaca como una cuerda, tan ruin como un mal pensamiento, y estropajosamente arrebujaada en unos harapos, con una larga mecha de brea encendida en una mano, y en la otra una sarta de dientes de hombre, se presentó delante de la mora, capaz con su figura odiosa y repugnante de haber hecho creer que había diablo al mas obstinado incrédulo.

Llevóse Zoraida dos veces ambas manos á los ojos, horrorizada de aquella vision que, á su parecer, habia salido del centro de la tierra en aquel instante, y prestándole fuerzas el miedo se levantó de pronto con intencion de huir. Pero no bien se habia puesto en pie, cuando recobrando su natural denuedo la miró de hito en hito, al mismo tiempo que el esqueleto ambulante, cuyos ojos relucian como los de un gato, la miraba con cierta diabólica malicia, y soltó una risada desagradable, muy semejante al roznido de un mulo.

— ¿Qué haces aquí, linda niña? le dijo con una voz cascada como el sonido de una castañeta; y riéndose de nuevo continuó: no te asustes, yo soy la abuela Jila que vivo en Cuellar, y aunque me tienen por bruja todavía me creo tan buena como la que mas.

La sarta de dientes que llevaba en la mano izquierda resonó á un movimiento que hizo como el crugido de un hueso al romperse.

— Buena madre, respondió Zoraida, yo soy la muger mas infeliz que existe, y he venido aquí sin saber adónde iba ni á qué.

— ¡Pobrecita! replicó la bruja con su acostumbrada risa. ¿Y á mí qué me importa que tú seas infeliz ó no? ¡Ojalá que te veas pronto maldecida de todos como yo, y vieja y con arrugas, que yo tambien fui jóven y bonita, y ahora!... ¿No eres tú la mora que quiere el señor de Cuellar?

— Sí, yo soy la que fue querida, replicó Zoraida con acento melancólico; yo soy la que fui feliz.

— ¡Hola! ¿con que ya no te quiere, replicó la vieja, y tal vez te ha echado de su castillo? Se cumplieron, por fin, las maldiciones que yo te he echado. Pues, hija mia, ¿cómo ha de ser! ten paciencia y sufre.

Y despues de haber echado á Zoraida una ojeada de diabólica complacencia, la vieja infernal volvió la espalda é hizo ademán de alejarse murmurando estos versos:

Feas, lindas, ricos, pobres,  
viejas, jóvenes, guerreros,  
reyes, nobles y villanos  
entran en un agujero  
como hormigas  
que la muerte con el pie  
junta y apiña.

— Muger, gritó Zoraida con impetuosidad despues de una pausa en que el ansia de vengarse y los zelos dieron nuevo ánimo á su corazon, yo venia en tu busca: si te alegras de mis tristezas, ¿qué me importa? Yo no te he hecho nunca ningun mal, ni te he visto hasta ahora; quiere decir que no solo me abor-

reces á mí, sino á todo el género humano.

—Así es, replicó la bruja; odio á los que creo felices, y río y hago escarnio de los que son desgraciados, como otros lo hacen de mí y me persiguen,

—Pues bien, en ese caso yo quiero vengarme como tú, y mi venganza te debe á tí complacer, puesto que hará la desdicha de dos personas que tú aborreces. Dime qué tengo que hacer para lograrlo. Nada te detenga: llama á todo el infierno junto, preséntalo delante de mí con tus conjuros, oiga yo sus clamores, véngueme yo de la rival que detesto, y tuya soy desde ahora.

—Mucho fuego pones en tus palabras, replicó la vieja con un gesto que parecía otra vieja en lo desagradable. Has de saber que desde que se murió la tía Graja, hace ahora diez años, no se ha vuelto á ver el diablo por estos contornos, ni yo he montado en la escoba desde entonces, ni he dado paz al cabrío. Está esto muy mal, y hasta el amo nos

desprecia, y van perdiendo su fuerza nuestros conjuros. Ya se ve, se ahorca ahora tan poca gente que es un dolor; toda la noche he tenido que andar por estos pinos buscando ahorcados á quienes arrancar los dientes, y solo he podido hallar cuatro ó cinco, y aun uno de ellos era ya viejo y le faltaban las muelas.

Era entonces costumbre, y lo fue por largo tiempo en España, ahorcar de los árboles á los que la voluntad ó la justicia del señor feudal condenaba á muerte si eran villanos, y nadie ignora que las llamadas brujas prestaban ciertas virtudes á sus dientes y á varias partes de su cuerpo, de que se servían en sus supuestos hechizos.

— Pero, en fin, el hecho es, continuó la asquerosa vieja, que tú quieres maleficar dos personas y vengarte de ellas, y hasta ahí alcanza mi poder, y en eso doy gusto á mi inclinacion. Una de ellas sin duda es el señor de Cuellar.

— No, repuso la mora con prontitud: yo le amo demasiado para querer

hacerle directamente daño. Yo solo quiero vengarme de mi rival.

-- ¿Y quién es tu rival? preguntó la vieja; ¿no es la hermana del Castellano de Iscar?

-- La misma, replicó Zoraida; esa es la que me ha robado su corazón, esa es la que ha llenado mi alma de amargura y desesperación: sí, sobre ella caigan tus maldiciones; sobre ella sola, para que no la vea jamás en sus brazos el señor de Cuellar.

-- ¿Sabes tú dónde está? ¿tendrías tú un medio para hacerle tomar una bebida que yo te dé? preguntó la vieja mirándola fijamente.

-- Si yo supiese dónde se halla... contestó Zoraida.

-- En su castillo, sin duda, interrumpió la vieja con una sonrisa irónica; pero no te dé pena, esa mujer no morirá en paz ni en su cama.

-- Pero tú, insistió Zoraida, ¿no podrías llevarme adonde se halla?

-- ¿Lo sé yo acaso? replicó la vieja;

y aunque lo supiera, ¿por qué te lo había de decir? No señor, sufre, que día vendrá en que se cumplan todas las venganzas juntas, y en que los que ahora viven alegres lloren, y aquellos y aquellas que tienen asco de las pobres viejas, y pasan espetadas delante de ellas sin mirarlas, y que se creen infectadas con solo rozarse con las que son como yo, y las que ahora rebosan en hermosura y salud, día vendrá, y muy pronto, en que salgan con los pies delante para el cementerio.

Diciendo esto la raquítica bruja dió á su rostro una espresion tan repugnante de alegría y de venganza que al mismo espíritu maligno le hubiera parecido desagradable. Zoraida no contestó, sino que dando algunos pasos hácia ella, aunque con repugnancia, le alargó algunas monedas, pensando que este seria el mejor medio de hacer adivinar y poner de su parte á la bruja.

Tomólas ella con avaricia, y mirándolas una tras otra á la luz, no parecia

sino que nunca habia visto junto tanto dinero, lo cual era mas que probable. No sabia tal vez en dónde estaba Leonor, y menos aun podia hablar con acierto acerca de los sucesos futuros; pero era menester decir algo, y estaba demasiado habituada á servirse de la credulidad agena para titubear un momento. Quizá ella misma á fuerza de oir que la llamaban bruja, y acaso poseedora de algunos secretos, habia llegado en efecto á creer que tenia comercio con el demonio. Zoraida, crédula como todos los hombres y mugeres de su siglo, y ademas agitada de una pasion loca que puede hacer supersticioso al hombre mas ilustrado, la miraba como un oráculo, y esperaba con ansia saber cuál habia de ser su destino.

— La bruja, pues, le hizo señas de que guardase silencio, y habiendo arrancado algunas retamas les prendió fuego, profiriendo sordamente varias palabras, que no entendia ella misma sin duda, dando vueltas alrededor de la hoguera con mas rapidez que prometian sus años mientras

la llama tomaba vuelo. Paróse en seguida, y sacando del arrugado y cóncavo pecho un bolsillo de cuero que deslió sin dejar de gruñir entre dientes, echó unos pelos al fuego y una especie de sain ó gordura de algun animal. Echóse en seguida al suelo, y poniendo contra él la boca empezó á llamar á alguno primero en voz baja y despues en tono mas alto, añadiendo á cada palabra una maldicion. Todos sus movimientos eran tan extraordinarios y ridículos, que hubieran podido llamar la atencion del hombre menos curioso; y su figura maléfica, que se divisaba como un espectro á la luz de la hoguera, el silencio de la noche, la luna, que oculta entre algunas nubes cenicientas teñia el bosque de una especie de color de muerto, daba cierto carácter sobrenatural á aquella singular escena. La hoguera, sin embargo, se fue consumiendo poco á poco, y cuando ya estaba casi estinguida, la fatídica vieja se levantó y dió una patada con furia sobre las pocas ramas que aun ardian, como si quisiera vengarse de

aquella manera del poco efecto que producian sus encantos.

— ¡Ea, pues! dijo volviéndose hácia Zoraida, que habia observado cuanto habia hecho, y que mas de una vez habia sentido erizarse sus carnes, ¡ea, pues! demonios, ya que desoís mis conjuros, ojalá que se conviertan á Dios, y eviten vuestras tentaciones cuantas almas hay en el mundo. Zoraida, el espíritu profético ha huido de mí, y no sé, ni acierto adónde está tu rival: solo sé que un espíritu superior á los que á mí me sirven la protege por ahora. ¡Maldito sea él! solo sé que él la libertó de las garras del Velludo. Quiza tú la volverás á ver algun dia. Tú tambien tendrás quien te proteja. Tal vez el de Cuellar te volverá á amar. Acaso...

La imaginacion de la vieja apenas podia ya inventar mas, ni suplir con profecías á bulto lo que ignoraba. Por último, y como inspirada de pronto, añadió: — Puede ser que algun dia te acuerdes de lo que has visto esta noche por tu

desgracia. Es forzoso que nosotros nos volvamos á ver.

— ¿Crees tú que Saldaña me vuelva á amar? preguntó Zoraida, á quien esta parte de la profecía habia conmovido y hecho temblar hasta las entrañas.

— ¿La hembra del mastin no se ayunta con el lobo? respondió la pitonisa. Pero guárdate tambien que no te devore, guárdate, y teme que no maldigas algun dia la hora fatal en que te has hallado conmigo.

Pronunció estas últimas palabras con un eco de voz tan siniestro, y clavando al mismo tiempo en Zoraida una mirada tan fija y horrible, que hubiera podido intimidar al mas intrépido. La desdichada mora no pudo menos de estremecerse y sentir sus cabellos tiesos sobre su cabeza. En vano trató de esforzarse á preguntarla por qué: el temor habia helado su voz, y la fiebre que la devoraba la representó en su fantasía en vez de una bruja, mil que la amedrentaban con sus funestos presagios, y que la miraban del mismo modo. Tal

vez la intencion de la vieja habia sido únicamente aterrarla, ya que no habia podido convencerla de su mágico poder; pero no obstante parecia que solo habia verdad en su último presagio, que era una amenaza que debia cumplirse, y que aquella misma muger habia de tener parte en que se cumpliera. El tono de su voz y su mirada manifestaban quizá perversas intenciones para en adelante, quizá estaba ofendida y deseosa de vengarse de la mora, que habia presenciado la inutilidad de sus conjuros, y que podria publicar todo como habia pasado, y hacerle perder su fama. De todos modos habia un no sé qué de verdad en sus espresiones.

Zoraida entre tanto todo lo daba ya por cumplido, y cuando vuelta en algun tanto de su estupor quiso pedirle algunas esplicaciones de lo que habia dicho, la inesplicable vieja habia desaparecido.

A su entender se habia vuelto á sumergir en las entrañas de la tierra, de donde pensó primero que habia salido.

\*

Entre tanto ya venia la mañana, el aire, mas fresco, alhagaba las copas de los pinos, y el color de la aurora empezaba á pintar con su velo de nacar el horizonte. Las aves piaban, los arroyos murmuraban y se alegraban los campos. Todo respiraba el encanto de una alborada de estío, y el reposo y la paz, aun no alterada por el villano madrugador, podia compararse á la primer sonrisa de un niño. Solo Zoraida penaba, aterrada aun con el presagio de la impura vieja; pero su fiebre habia calmado, y cierta lasitud, producida por su anterior frenesí y lo mucho que habia caminado, era lo único que le quedaba de su locura. Parecia que el fuego de su corazon se habia enteramente apagado, ó por mejor decir, que su corazon á modo de un espíritu se habia evaporado, y que ya no le quedaba sentimiento para padecer ni gozar. Sus ojos estaban tristemente caidos, al color encendido de sus mejillas habia sucedido una palidez cadavérica, sus miembros flojos apenas obedecian á su voluntad, y en

derredor de su boca la herradura de la muerte estaba estampada.

Aun no habia recobrado cabalmente su juicio, pero ya no era aquella imaginacion llameante la que mezclaba y arrebatava sus pensamientos, y como un herido falto de sangre y lánguidamente débil, solo veía colores, sombras, oía un confuso rumor, y el cielo y la tierra le parecia que habian cambiado de sitio. Todo á su vista aparecia mas alto, mas bajo, mas lejos, mas cerca de lo que estaba realmente. En su memoria se agitaban los sucesos de aquella noche como sueños casi olvidados, ó como los cuentos de la niñez. Figurábase á veces que eran cosas que habia oido contar, que habian pasado hacia mucho tiempo, y allá confusamente oía al mismo tiempo las palabras de la bruja, el canto satánico de los aventureros y el grito de los centinelas.

Examinábase á veces á sí misma en los intermedios que este segundo delirio le concedia, miraba al cielo inundado ya

de ráfagas de luz hácia el oriente , consideraba la tranquilidad de los campos , y meditaba en la dicha que disfrutaban sus habitantes. De lejos ya llegaba á sus oídos la voz del leñador que arreaba su asno caminando al monte , el canto monotonó de los segadores que aprovechaban la fresca , el grito del labriego en la era , y esta armonía , este bello despertar de la naturaleza le hacia penar de nuevo , y derramar lágrimas hilo á hilo.

— ¡Oh , se decia á sí misma , yo soy la única infeliz entre tantos felices !

Parecíala al pensar esto que no era este mundo su morada ni la habia sido hasta entonces , sino que para mayor tormento suyo , una mano fatal la habia arrancado de su centro y trasladádola alli para que pudiese comparar la gloria de aquel paraíso con el infierno en que tenia que vivir por fuerza , y que llevaba dentro de sí. Hallábase alli en medio del campo , al aire libre , á la luz del dia , tan turbada é incómoda como un rústico en medio de un magnífico palacio , ó mas bien sentia

la fatiga del pez que se ve de pronto fuera de su elemento. En su interior oía una voz que le gritaba de volver al castillo; pero el día entraba, y aun no se había decidido á obedecerla. Por último, la parte de vida que le animaba venció su irresolución, y la afligida Zoraida tomó la vuelta de la fortaleza.

Los trabajos del campo, propios de la estación, habían despertado ya á los rústicos habitantes, y todo era vida y movimiento en aquella estensa campiña. Hubiera sido un espectáculo agradable sin duda para cualquier espíritu sosegado; pero Zoraida huía de los hombres, hubiera querido no oír sus palabras, y quería ocultar á sus ojos la calma y la hermosura de la naturaleza. Buscaba las sendas mas escondidas, los sitios mas sombríos, en fin, todo aquello que pudiera tener analogía con su alma.

Cuando llegó á la entrada subterránea que llevaba á las bóvedas del castillo, volvió la cabeza á mirar el sol, que como un escudo de fuego se levantaba y

teñía el horizonte de mil vivísimos colores. Quiso fijar en él los ojos por un instante, y quedó tan deslumbrada y confusa, que dando un alarido se lanzó en la oscura bóveda de repente.

Hubiérase creído que era un ángel de tinieblas que miraba la luz del sol, y despechado de no poder gozar de su hermoso brillo se arrojaba maldiciendo su suerte en el infierno.

Zoraida cansada, enferma de alma y de cuerpo, llena de visiones, de presagios, de memorias del bien pasado, y desnuda de toda esperanza, volvió por los secretos pasadizos por donde antes había salido, y el ruido de las armas, los relinchos de los caballos y las voces de los soldados que barrían sus cuadras, limpiaban sus armaduras y vagaban acá y allá en los patios y corredores próximos al camino que ella llevaba, penetraban en su oído mezclados en un son tan confuso y desacorde que acabaron de trastornar su cabeza. Mas de una vez tuvo que apoyarse en la pared para sostener-

se, y no supo ella misma el tiempo que estuvo en aquella actitud hasta que recobraba sus fuerzas. Las retorcidas escaleras que subia la mareaban, el castillo se le andaba, y cuando llegó á su cuarto, se encerró alli y se arrojó en su lecho, sintió un placer semejante al de una ave nocturna que, aturdida y ciega con el resplandor del sol, encuentra por casualidad el oscuro nicho que le sirve de asilo.



---

**CAPITULO X.**


---

Abrazan los escudos delant' los corazones,  
 abajan las lanzas avueltas con los pendones,  
 enclinaban las caras sobre los arzones,  
 batien los caballos con los espolones,  
 tembrarquerie la tierra dod' eran movedores,

(*Poema del Cid.*)

¿Quién es aquesta dama religiosa?

.....

..... ¿Quién es la aflijida,  
 en igual grado bella y dolorida?

(*Hojeda.*) (*Cristiada.*)

**Y**A habrá supuesto el lector que el billete que entregó al señor de Cuellar su lindo page venia de parte de Hernando, que deseaba tomar venganza del que él suponía el robador de su hermana. En efecto, el tiempo, que segun el estado de nuestra alma vuela ligero como un relámpago, ó se nos figura que no se mueve, le parecia aquella noche al señor de Iscar que habia perdido sus alas, y cada

minuto se le hacia un siglo. Tal era el deseo que le punzaba de venir á las manos con su enemigo.

Las tres de la mañana serian, y faltaban aun dos mortales horas para que llegase el momento prefijado para el combate, y ya su voz habia despertado al buen Nuño, que á su vez habia despertado al Cantor, y éste á los demas habitantes de la fortaleza. Ninguno sabia el intento de su señor sino el capellan del castillo, que habia escrito la carta de desafío, porque Hernando de Iscar no sabia leer ni escribir, ó lo que es lo mismo, no era caballero letrado que se decia entonces, y solo era entendido en los ejercicios de caballería. Se habia confesado la noche antes, como era uso generalmente de los religiosos caballeros si habia lugar para hacerlo antes de entrar en batalla ó aventurarse á algun peligro, sin que en esto diesen pruebas de menos valor ó desconfianza en su buena suerte. Hernando, buen caballero probado en muchos encuentros, tenia fama de ser tan

diestro ginete como agil en todo género de juego de armas: sabia que su contrario el de Cuellar era una de las lanzas mas temibles de la cristiandad, y asi por esto, como porque interesaba á su honra, tenia intencion de proponerle en el campo se desarmasen el lado izquierdo, quedando de este modo espuesto á los golpes el corazon. Era de creer que Sancho Saldaña no titubearia un punto en acceder á su proposicion, y en este caso la muerte de uno de los dos, ó tal vez la de ambos, era de presumir inevitable. Pero esto le daba muy poco cuidado á Hernando, que ganoso de satisfacer su agravio, y educado desde su infancia en las armas, estaba acostumbrado á considerar un duelo á muerte como una especie de pasatiempo. Su buen Nuño, que no daba mas importancia que su amo á la vida de un semejante suyo si la arriesgaba en regla, y segun la ley de las armas, aunque no sabia el intento de su señor, sospechaba lo que podia ser, y le habia aderezado ya su armadura, sin olvidarse de la

suya propia, persuadido á que su amo tendria tal vez necesidad de su compañía. Habia reñido con el poeta mas de veinte veces el dia antes, y hecho la paz otras tantas, y estaba entonces pendiente aun su última riña, cuando el Cantor, tarareando unos versos muy conocidos en aquella época, se llegó á hablarle.

— ¿A qué diablos, dijo Nuño, vienes aqui á hacer ruido? ¿Te parece á tí que es esta hora para oír tu música?

— Yo no sé para lo que es hora, respondió el poeta, pero sé muy bien para lo que vengo.

— Pues habla, y sé breve, repuso el enojado Nuño.

— Asi lo fueras tú tanto como yo, replicó el Cantor con calma, y no que cuando tomas la palabra no dejas hablar á nadie, y eres capaz de estarte charlando tres dias; y al fin, si hablaras bien, pase, pero...

— Si vienes á chancearte conmigo, interrumpió Nuño, poco agradao de las finezas de su antagonista, te puedes ir con

mil santos á buscar otro á quien cansar con tus necesidades, porque yo no estoy ahora de humor de broma.

— Ve ahí como nos equivocamos cuando uno menos lo piensa, repuso el poeta, que se divertia en irritarle; yo te creía ahora del mejor humor del mundo, porque aunque en tu cara no se conoce nunca cuándo estás contento...

— Sí, replicó Nuño con ira, sí, estoy para hacer correr tras de mí los chicos de la calle: ¿habráse visto impertinente igual? Sino fuera... ¡vive Dios!

— He sufrido tres interrupciones sin quejarme, contestó el poeta, y todavía no te he interrumpido á tí una sola vez y ya te amostazas: hé ahí lo que se llama tener buen genio.

— Tengo el que me da la gana, replicó Nuño con mucho enfado.

La conversacion llevaba trazas de acabar mal, al menos por parte de Nuño, si el poeta, que no tenia el menor deseo de quimera, no la hubiera hecho tomar distinto giro diciendo:

— Con estos dimes y diretes, mi buen Nuño, todavía no te he preguntado lo que quería, y lo que es mas esencial que nuestras cuestiones. ¿Sabes tú por qué don Hernando te ha mandado que aperecibas sus armas para esta mañana á las cuatro?

— No sé, replicó Nuño con sequedad.

— Vaya, sí lo sabrás, continuó el Cantor. ¿Quién sino tú lo ha de saber, que mereces toda la confianza de nuestro amo, y conoces y averiguas ademas cuanto pasa á veinte leguas á la redonda?

Era este justamente el flaco de Nuño, que aunque á la verdad merecia mucha confianza á su amo, él la ponderaba y exageraba sobremanera, dando á entender que no hacia cosa que no le confiase y sobre que no le pidiese de antemano su parecer. No sabia entonces nada de cierto, como hemos dicho, pero no le pareció oportuno ni honroso disminuir su importancia á los ojos de su antagonista, y estaba decidido á dar por fijo lo que suponía.

--Yo no averiguo ni trato de averiguar nunca nada, y te engañó mucho quien tal te dijo.

--Sí, replicó el Cantor, no averiguaré, pero lo sabes todo.

--Si lo sé, repuso el severo Nuño, no es porque yo me meta nunca donde no me llaman, sino porque hace muchos años que poseo la confianza absoluta de mis amos. En prueba de ello, me acuerdo que pocos días antes de tomar el Arabal de Triana en el sitio de Sevilla el año de 1240, que andaba muy callado entre todos como es uso y debe ser cuando se trata de las cosas de la guerra, y no sabia nadie la intencion del almirante sino el rey y algunos de los caballeros mas principales, y los demas andaban olfateando sin atinar con nada, mi amo me dijo: "Nuño, buen ánimo, que pronto va á haber barro á mano: cuando llegue el caso, lanza en ristre y confianza en Dios." Lo que yo interpreté que queria decir, Triana será nuestro muy pronto.

-- ¡Por Dios, Nuño! exclamó el Cantor: ¿qué tiene que ver aquí la toma de Triana con lo que hablamos, que no te he interrumpido solo porque no te enojaras?

-- Es verdad, repuso Nuño, pues como digo, entonces y otras veces, el año de 1260...

-- ¿Otra vez? ¡por Santiago! interrumpió el poeta.

-- No me interrumpas, ó sino callamos.

-- No te interrumpo, sino que no respondes acorde, y me vienes á contar lo que importó saber á mi abuelo.

-- Tienes razon: convino Nuño, quizá por la primera vez de su vida; en hablando de mi amo, quiero decir, del padre de don Hernando, pierdo los estribos: y bien, pregunta, dí, porque tampoco me has preguntado nada, y mal te podia responder.

-- Sí, te lo he preguntado ya, repuso el impaciente poeta.

-- ¿Cómo? eso no, replicó Nuño, y

no creo que me taches tambien de falto de memoria.

-- Está bien ; no gastemos mas tiempo. Te he preguntado ó te pregunto ahora, como tú mejor quieras, ¿ para qué ha pedido sus armas?...

— ¡ Ah ! sí, me acuerdo, dijo Nuño, es verdad: en una palabra, parece que hoy ha determinado mi amo que el señor de Cuellar purgue de una vez los males que nos ha causado ; á lo menos ayer le llevé yo un papel que me entregó el capellan, y es de presumir... ya ves. --

-- Sí ; ¿ pero no te ha dicho don Hernando nada? preguntó el poeta.

-- Hombre... sí, y no, me ha dicho, y no me ha dicho, repuso Nuño titubeando ; pero yo sé que hoy van á ver quién se tiene mejor á caballo, en buena ley y con buenas armas.

-- Pues Dios ayude á don Hernando, porque el de Cuellar es ligero como el viento, y fuerte como una encina de veinte años.

-- Quitá allá, dijo Nuño. ¿ Dudas tú

del ánimo de don Hernando? Le he visto yo cuando apenas tenía diez y siete años sacar á un hombre de la silla, y llevarlo enhastado en la lanza como si fuera una pluma.

-- Ya lo sé, replicó el Cantor, que don Hernando no cede á nadie; pero aqui entre nosotros, el de Cuellar es hombre mas vigoroso, y la suerte está indecisa.

-- Puede ser, replicó el veterano; pero la rabia que le tiene mi amo suplirá por las fuerzas, y allá veremos, y hágase lo que Dios quiera.

-- Amen, replicó devotamente el Cantor: tienes razon, Dios protege siempre la causa de la justicia; *yo pasé cerca del impío y le vi en medio de su grandeza, volví la vista y ya habia desaparecido.* ¿Pero tú sabes, continuó, que don Hernando está equivocado, y que doña Leonor no está en poder de Saldaña?

-- ¿Pues entonces en dónde está? preguntó Nuño como sorprendido.

-- La bruja, ó lo que sea, que anda por estos contornos, prosiguió el poeta, la

\*

sacó de manos de los ladrones la misma noche que la robaron , y á la verdad que no sé qué es peor.

-- ¿ De veras ? preguntó Nuño con muestras de mucho contento. Trae acá un abrazo ; es la mejor noticia que podias darme , á no ser que me la dieras de que estaba ya en el castillo.

-- Hombre, tú eres raro, dijo el Cantor , y no entiendo por qué te alegras tanto de mi noticia , porque á mí no me parece muy buena.

-- Porque tú no conoces á esa que llamas bruja , que no lo es ni piensa serlo , sino un angel del cielo.

-- ¿ Luego tú la conoces ? preguntó el poeta.

-- ¿ Pues no la he de conocer , si fue la misma que me curó de mis heridas cuando hace tres años quedé por muerto en el campo , y ella me recojió y me cuidó como si fuera su hijo ? Te aseguro que por la noticia que me has dado te sufro hasta que me interrumpas , y te perdono todas tus impertinencias.

— ¿Y tú sabes sin duda dónde vive?

— No, replicó Nuño, porque entré sin sentido, y salí con los ojos vendados y ya de noche, de modo que aunque me levanté un poco el pañuelo para mirar no pude ver señal alguna de habitación.

Aquí llegaban, cuando el señor de Iscar, habiendo oído al trompeta del casti-  
llo, que tocaba las horas, marcar las cua-  
tro con su instrumento, volvió á llamar  
á Nuño, é interrumpió su conversacion.

— ¿Qué tal la mañana, Nuño? le pre-  
guntó su amo con aire de buen humor.

— Algo fresca está, replicó el vete-  
rano; las mañanas de este mes son frias  
por lo regular.

— Tanto mejor, repuso Hernando; á  
bien que luego entraré en calor. Tráeme  
mis armas.

Nuño salió al momento por ellas frotán-  
dose alegremente las manos, diciendo entre  
sí:— Gracias á Dios que se nos proporciona  
algo que hacer, que por Santiago creí ya  
que me iba á pudrir aquí, y á tomarme  
de moho como una coraza vieja; pero hoy

va á haber golpes sin duda, y aunque no sé si me tocará á mí algo, presumo que ha de haber para todos. Hablando así, tomó en la sala de armas la armadura de su señor, y volviendo donde él estaba la puso en el suelo, y principió á vestírsela con mucha calma.

— Vamos, Nuño, date prisa, le dijo su amo á tiempo que le ceñía el espaldar. ; Qué espada me traes?... La de mi padre, supongo.

— Sí señor; la misma, repuso Nuño, con que mató á orillas del Guadalquivir al africano Aliatar, que me parece que le estoy viendo acercarse todos los dias á nuestro campo en un ravicano árabe que corria como un viento, vestido de una piel de leon sobre que dormia, y en menos de media hora derribar de la silla dos ó tres de los mejores soldados nuestros que salian á ginetear. Pero no le valió con don Jaime, que peleó con él delante del famoso Perez de Vargas, y le hizo rodar por el suelo como una bola.

— Pues esa espada quiero yo hoy,

dijo Hernando, y veremos si tengo tan buen pulso y acierto como mi padre.

Dicho esto, y armado ya todo sino la cabeza, caló un casco de bruñido acero de donde volaban infinitas plumas, Nuño le calzó las espuelas, y con brioso y marcial continente salió del cuarto con el mismo deseo y denuedo que si fuese á recibir los aplausos de la multitud y las miradas de las damas á algun lujoso torneo. La alegría mas pura brillaba en los ojos de Nuño al verle, y la memoria de su padre, viniendo de repente á su imaginacion, humedeció los ojos del veterano acaso alguna lágrima, que se limpió con el revés de la mano.

-- Señor, le dijo viendo que Hernando no le decia que le acompañase, ¿y yo no tengo hoy en qué ocuparme? ¿Me he de estar mano sobre mano aqui en el castillo como una gallina clueca?

-- Amigo Nuño, le respondió su amo, por hoy no necesito tu compañía; solo tengo que ir, y mi brazo me bastará con el ayuda de Dios.

-- Pero señor, ¿y si acaso os sucede algo?...

-- En ese caso será de mí lo que Dios quisiere, replicó Hernando; solo te encargo que si dentro de dos horas no estoy de vuelta, te llegues hacia la ribera del Cega, junto al molino, donde acaso me encontrarás.

-- ¿Y no sería mejor, volvió á insistir el fiel Nuño, que yo os acompañase hasta allí? No creais, aunque me veis viejo, que si se trata de venir á las manos tarde yo en enristrar la lanza mas tiempo que el doncel mas aventajado.

-- Lo sé, repuso su amo, pero por hoy no puedes venir conmigo: he prometido ir solo, y si alguno me acompañase correria peligro mi fama.

-- Entonces id con Dios, dijo Nuño, y él os dé tan buena ventura como merecis.

Con esto llegó Hernando á su caballo, que con su caparazon de batalla estaba ya á la puerta del castillo, de mano de un escudero, y saltando sobre él con tan-

ta soltura como ligereza , tomó de las manos de Nuño la lanza y el escudo que éste le alargó , diciéndole : — Si acaso , ya sabeis , señor , que el golpe de la visera es seguro y de buen empuje ; la lanza baja y levantarla de pronto : no hay mas que hacer. Me acuerdo...

Iba á contarle tal vez alguna historia de su mocedad, pero Hernando, metiendo espuelas á su caballo, salió á galope, y el veterano le vió atravesar el puente levadizo sin detenerse , bajar la cuesta , seguir su carrera en el llano, y desaparecer de allí á poco como una exhalacion á lo lejos entre los pinares, dejando detras de él rastros de luz de su armadura , herida en aquel momento del sol que empezaba á aparecer en el horizonte.

Estos jóvenes de ahora , se dijo Nuño á sí mismo cuando le vió partir , quieren guiarse siempre por sí , y no las mas veces aciertan. No que lo diga yo por mi amo , que asi sabe manejar la espada como el caballo , pero... Allá va , que apenas le alcanza el viento : Dios te

guie y te dé victoria sobre tu enemigo.

Murmurando así entre dientes, volvió al castillo muy apesadumbrado de tener que quedarse sin presenciar el combate, y mucho más de no poder tomar parte.

Entre tanto el señor de Iscar sin sossegar su carrera atravesó el pinar, vadeó el río Piron, y poco después llegó al sitio aplazado para el desafío. Era en la ribera opuesta del Cega, camino de Cuellar, en una especie de plaza llana y desembarazada de árboles, desde donde se descubría á corta distancia una torre dependiente de aquel castillo, convertida hoy día en una pequeña aldea llamada Torre-Gutierrez. Tendió la vista el señor de Iscar buscando á Saldaña, y viendo que no había venido aun, lleno de impaciencia echó pie á tierra de su caballo, y sentándose sobre una piedra se puso á aguardarle, maldiciendo de todo corazón su tardanza. A cada momento se levantaba y miraba por todos lados por si le veía venir, acrecentando su ira cada minuto que pasaba, y ansiando cada vez más el mo-

mento de pelear. Por una parte temia que siendo el billete anónimo hubiese despreciado á su autor, teniéndole por caballero de poco nombre é indigno de medirse con él; por otra recelaba si sabedor de quién era seguiria resuelto, como ya habia dicho otra vez, á no enristrar lanza contra el amigo de su juventud. — ¡Hipócrita! exclamaba hablando consigo mismo. Tal vez quieres engañar aun al mundo, dando á entender que respetas los lazos de la amistad, pero tú no me conoces aun; yo te arrancaré la máscara y haré que te vean tal como eres. Puede ser que no vengas á la cita, pero guárdate, porque te he de encontrar aunque te escondas bajo de tierra, y te he de coser á estocadas delante del mismo altar de la Vírgen. ¡El amigo de mi juventud! continuaba con ironía. Ya hace mucho tiempo que no somos amigos, y por lo último que has hecho juro no reposar hasta cumplir mi venganza.

Agitado de estos pensamientos, y temeroso ya de que no viniera, estaba dudando

do si le aguardaria mas tiempo ó le daría por cobarde y mal caballero, é iria á su mismo castillo á injuriarle y á castigarle como á un villano. Pero aun no habian dado las cinco, y solo su impaciencia podia llamar cobarde á Sancho Saldaña, que estaba reputado, como hemos dicho antes, por uno de los mas valientes guer- reros del partido de Sancho el Bravo. El señor de Cuellar, que no tenia los mo- tivos de su contrario para abrigar con- tra él ningun mal deseo, y no sabia si- quiera ni se imaginaba con quién tenia que habérselas, habia tomado el lance con la in- diferencia apática que era el tipo de su ca- rácter cuando no se trataba de sus pasiones y de martirizarse á sí mismo. Por esto á las cuatro y media de la mañana se ha- bia hecho armar de su page con mucha calma, y montando á caballo, solo se en- caminó, mucho mas combatido de sus re- mordimientos, esperanzas y disgustos, que pensativo del desafio, á un mediano tro- te al sitio que señalaba el billete. No ha- bia dado apenas la hora, cuando el eno-

jado hermano de Leonor le vió con mucho contento que venia á lo lejos en un poderoso caballo brillantemente armado con muestra triste, aunque animosa y guerrera. Su alta estatura y ancha espalda parecian darle ventaja sobre su contrario, que aunque robusto y vigoroso era mas pequeño de cuerpo, y de formas menos atléticas. Su caballo, negro como el azabache, era tambien mas ancho y de mas alzada, y aunque la lanza de Hernando mostraba bien á las claras la pujanza del brazo que la blandía, el hasta de Sancho Saldaña marcaba á su señor por hombre de fuerzas extraordinarias. Nadie al comparar los dos campeones, viéndolos frente á frente, hubiera supuesto ventaja en ninguno de ellos, porque si bien imponia el hercúleo continente y grave mole del señor de Cuellar, el desembarazo, soltura y agilidad de Hernando podian suplir por su falta de fuerzas y de estatura, siendo igual el valor de entrambos, igual su edad, y estando éste último particularmente deseoso de pelear. Caló la visera

Hernando viéndole que se acercaba, siendo su intencion ahorrar palabras no dándose á conocer, montó á caballo, y fijando la lanza en tierra le aguardó con serenidad. Sancho Saldaña, ensimismado como de costumbre, no habia siquiera levantado sus ojos ni visto á su enemigo, que le esperaba, por lo que la visera alta y puesta la lanza en la cuja siguió marchando sin avivar el paso de su palafren.

Si tendré yo que ir á avisarte que estoy aqui, se dijo entre sí Hernando picado de su indiferencia; y sin aguardar mas tiempo alzó la voz llamándole, no sin aguijar su caballo y avanzar algunos pasos mas, lleno de impaciencia, hácia él, para obligarle á que le mirara. Saldaña alzó á su voz la cabeza, y llegando junto á él hizo alto, le echó una ojeada desdeñosa de arriba abajo que redobló el corage del señor de Iscar, y despues de haberle mirado muy despacio le dijo: — Mucha gana teneis de pelear, señor desconocido, á lo que parece. ¿Teneis alguna dificultad

en darme á conocer vuestro nombre, ó quizá sois caballero novel, y aun no lo habeis hecho bueno ni conocido?

-- Mejor que el tuyo mil veces, repuso Hernando fijando en él dos llamas, que tal parecian sus ojos al través de las barras de la visera. Mejor que el tuyo, y me estraña que preguntes mi nombre cuando sabes que no es uso de buenos caballeros preguntarlo antes de combatir.

-- Mas me estraña á mí, replicó el de Cuellar sin alterarse, que solo por lograr prez ó por alguna imprudente promesa hecha á tu dama, pues no creo me llames aqui por otro motivo, arriesgues tu vida conmigo en sitio tan solitario, á no ser que estés loco ó trates de no quedar delante de gentes avergonzado de tu vencimiento.

-- Saldaña, gritó Hernando, lanza en ristre, y ahorremos de palabras, que donde estan las manos no hay para qué servirse de la lengua. Solo exijo por condicion que el vencido ha de declarar la verdad de lo que se le preguntare.

— Inútil me parece esa condicion, respondió Saldaña desdeñosamente, porque tú serás el vencido, y yo no tengo nada que preguntarte.

— Otra tengo tambien que pedirte, repuso el de Iscar, y es que nos desarrememos las platas, y ofrezcamos á los golpes el corazon. ¿Te parece mejor que la otra?

— Sin duda, respondió el de Cuellar con su acostumbrada calma; asi despacharemos mas pronto, y el golpe será mas seguro.

Y diciendo y haciendo, se aflojaron entrambos las lazadas de las armaduras, dejando descubierto el lado izquierdo, y arrojaron al suelo las piezas que lo cubrian. Hecho esto caló visera Saldaña, embrazaron ambos los escudos, y volviendo sus caballos á un mismo tiempo con maravillosa presteza tomaron parte del campo, y puestos á igual distancia, sin aguardar otra señal que la de su deseo, arrancaron el uno contra el otro lanza en ristre á toda la violencia de la

carrera, envueltos en una nube de polvo. Llegaron uno junto á otro sin detenerse, y se pasaron de claro, habiendo apenas la lanza del de Cuellar rozado en el brazo derecho de Hernando, y tocando acaso la de éste en el muslo de su enemigo. Siguieron corriendo con el mismo ímpetu hasta llegar á cierta distancia, donde pararon, y arremetiendo segunda vez se desvanecieron de sus puestos con la rapidez del rayo, y la lanza baja amenazando hacerse pedazos. Este segundo encuentro fue mas acertado que el primero y ventajoso para el de Cuellar, que encontrando el hombro derecho de su enemigo caló el hierro de la lanza entre la quebrantada armadura hiiriéndole ligeramente, y le hizo bambolear en la silla, porque habiéndose encabritado el caballo de Hernando al recibir el golpe, hubo menester su señor de toda su habilidad para sostenerse. Pero la tercera vez, encontrándose con la misma furia, fue tal la embestida y la cólera del de Iscar, que su lanza saltó al

aire en mil astillas, y el caballo de Saldaña, que con dificultad pudo sostener el choque, cejó, cayendo dos ó tres veces del cuarto trasero sin poder apenas tenerse, aunque esto no evitó que su amo rompiese con la punta de su lanza la visera de su enemigo, dejándole tan trastornado y aturdido que estuvo á pique de caer en tierra.

Quedó entonces Hernando á cara descubierta delante de Saldaña, el rostro encendido como fuego, y lanzando sobre él con los ojos rayos de ira, disponiéndose á volver su caballo y á llevar adelante su desafio. Pero el de Cuellar, que al punto que le vió le hubo conocido, enderezó la lanza y la afirmó en la cuja, pidiéndole que se detuviera, y acercándose á él al paso de su troton,

— ¡Hernando! le dijo con muestras de pesadumbre; ¿y eras tú el que me proporcionabas nueva ocasion para cometer un crimen?

— ¡Vil hipócrita! le respondió el de Iscar mas encolerizado que nunca. ¿Qué

llamas tú un crimen, tú, para quien nada hay que sea sagrado en el mundo, tú, despreciador de la religion, traidor, robador de mi honra... vuelve, vuelve á enristrar la lanza, que por Santiago, sino fuera vergüenza mia, no habia de aguardar á que te defendieras para enviarte al infierno, sino que así mismo te habia de atravesar mil veces el corazon.

-- Sosiégate, Hernando, repuso Saldaña con tranquilidad, sosiégate, y óyeme...

-- Nada tengo que oir de tí, interrumpió el de Iscar, ni nada tienes que hacer sino defenderte y prepararte á morir.

-- Óyeme, replicó el de Cuellar con aire hipócrita, y dime: ¿qué te he hecho yo? ¿Qué agravio has recibido de mi?

-- ¡Infame! interrumpió Hernando segunda vez; ¿tienes valor para preguntarme qué has hecho, mal caballero? ¿Adónde está mi hermana? ¿Quién la ha robado sino tú? Pero para qué pregun-

\*

no nada , añadió con mas cólera ; defiéndete ó te mato.

—Todo está ya perdido ; ¡ ella me aborrecerá ! profirió entre dientes Saldaña. Y yo , ¡ qué diablos sé de tu hermana ! repuso en seguida con aspereza ; la he querido poseer , ella habria hecho mi felicidad , no te lo niego ; pero hasta el mismo infierno se ha mezclado para desbaratar mis planes... pero... yo no queria deshonorarte... tenia intenciones de casarme con ella , y no creo...

—Acuérdate de lo que te dijo mi padre , que nunca mi sangre se mezclaria con la tuya , replicó Hernando : no , nunca , yo lo juro , aunque me fuese en ello mi vida , y sea yo mas vil que el siervo mas abatido , mas deshonorado que un cobarde , y me vea despreciado y escupido del mas villano si tal consiento jamas. Dí , traidor , ¿ dónde está mi hermana ?

—Te he dicho que yo no sé , respondió Saldaña , y te juro por mi honor...

— ¿Lo tienes tú acaso? interrumpió el de Iscar: defiéndete, ó te declaro por cobarde y hago llamar mis mas viles criados para que te maten á palos.

— ¡Hernando! dijo entonces Saldaña mirándole torvamente, y rechinando los dientes. Solo á tu hermana debes no estar ya tendido á mis pies en pago de tus insultos. Sí, continuó con desesperacion, solo al temor de que Leonor me aborrezca si ve en mis armas la sangre misma de su hermano. ¿Pero ya qué importa? ¿No soy ya aborrecible á sus ojos y á los de todo el mundo? Pues ven, y luchemos hasta que no quede señal de que haya existido ninguno.

Diciendo asi echó pie á tierra de su caballo, trémulo de furor, y habiendo invitado á Hernando para que hiciese lo mismo, se arrojaron los dos al suelo á un tiempo, y echando mano á la espada uno y otro, se acometieron con mas furia y mas empuje que nunca. Voló al primer golpe en dos pedazos el escudo del señor de Cuellos, que abolló de un revés el casco de

su contrario, y tiráronse algunos golpes mas, que acabaron de deshacer mutuamente sus armaduras. Pero el de Iscar, cansado ya de tan largo combate, empezó á jugar de punta, mientras el de Cuellar, mas forzado, le fatigaba y acosaba á tajos y cuchilladas. Hacia ya tiempo que peleaban, y estaban heridos por mil partes, sudando y faltos de aliento, cuando de repente Saldaña, arrojándose sobre Hernando, le tiró á manteniendo un golpe tal sobre la cabeza, que dividió el yelmo en dos partes, y echando un rio de sangre por ojos, orejas y narices, le derribó en el suelo sin movimiento. Quedó Saldaña en pie, victorioso del desafio; pero su vista empezó de allí á poco á desvanecerse, quedó inmóvil, apoyándose sobre la cruz de la espada, sus miembros se estremecieron, inclinó lentamente el cuerpo hácia adelante, dobló las rodillas, hizo dos ó tres esfuerzos inútiles para llegar hasta su caballo, y dando un suspiro cayó en tierra cubierto todo de sangre, y privado por último de sentido. El suelo

estaba lleno alrededor de ellos de piezas de sus armas, esparcidas acá y allá en la fuga de la batalla; la lanza que Saldaña habia dejado para echar pie á tierra cimbraba clavada de punta á un lado del campo, el aire mecia acaso las plumas que habian saltado de los abollados cascos, y los caballos sueltos por el campo se entregaban á toda la alegría que inspira la libertad, mientras sus amos, tendidos uno frente de otro envueltos en sangre, yacían inmóviles, midiendo el campo con sus espaldas. El de Iscar yerto, al parecer, sin respiracion, cubierto el rostro de sangre, y restañado en ella el cabello, tenia los ojos aun entreabiertos, la espada en la mano derecha á toda la extension del brazo, y la palma de la izquierda abierta posada sobre la cabeza: el de Cuellar, como un torreón caído, ocupaba mas espacio, tendido sobre el lado derecho, cubierto el rostro con la visera, levantando el pecho á intervalos con fatiga, donde mostraba una ancha herida poco mas abajo del hombro sobre el co-

razon, que abria y cerraba sus labios arrojando un caño de sangre á cada respiracion.

En este tiempo, llenos de inquietud en uno y otro castillo, especialmente en Iscar, el fiel Nuño y el ádamado Jimeno al ver la tardanza de sus señores ya habian montado á caballo, y seguidos de algunos soldados se encaminaban con mucha prisa al sitio de la batalla. Venia Nuño con un triste presentimiento de la suerte de su señor; pero no queriendo dar su brazo á torcer ni aun á sí mismo, todo se le volvía buscar razones para explicar la causa de su retardo. Dando prisa á los otros que le seguian, y al mismo tiempo hablando como tenia de costumbre, iba respondiendo á las preguntas que estos le hacian, mandándoles sin cesar que callaran, siendo él, mas que nadie, la causa de que siguiera la conversacion.

— Ya os he dicho, decia, que aguijeis y no me preguntéis mas: vamos, ¿qué diablos teneis, que no parece sino que habeis puesto una arroba de hierro

á esos caballos en cada casco? ¡Cómo ha de ser! El amo, sin duda, se habrá detenido á componer alguna pieza de su armadura; y ademas, qué se os importa á vosotros; cuando no ha vuelto tendrá que hacer. Cuántas veces sucede que se le cae una herradura á un caballo, y tiene un hombre que echar pie á tierra y... toma, y otros mil percances: vamos, ¿por qué no andais al trote? ¡vivo! que no parece sino que teneis que pararos para hablar. En diciendo que os da por charlar pareceis una tarabilla. Lo que mas me alegro es que no haya venido el Cantor á interrumpirme y á fastidiarme. El pobre queria venir, pero yo no le he dejado; está lleno de cuidado por don Hernando... Pero sí, buen cuidado hay que tener; el niño no sabe andar solo... Entre todos cuantos calzan espuela no hay uno mas animoso que él, ni que sepa mejor arrendar un caballo. Y... ¿quién sabe?... tal vez... ¡pero qué! el que no le conozca como yo puede pensar lo que quiera, pero yo... Sí, lo mismo le ve-

ria yo peleando con tres de los mil ginetes africanos que trajo el rey de Marruecos, que si le viera paseándose en una feria. En fin, cómo ha de ser, allá veremos: adelante, muchachos, no hay que embobarse.

Asi sin dejar de hablar, cuidadoso y metiendo prisa, atravesaba entonces el bosque, desesperado de no poder correr la legua que le quedaba con la ligereza del pensamiento. Jimeno por su parte, aunque mas cuidadoso de parecer bien que de lo que habia sucedido á su amo, no dejaba tambien de aligerar el paso, aunque sus reflexiones entonces tomaban muy distinto vuelo que las de Nuño. Pero todas estas disposiciones hubiesen sido tardías y de nada habrian valido á los caballeros, en particular á Saldaña, que por instantes se desangraba, y á quien hubieran hallado muerto sin duda, si el cielo no les hubiese deparado un socorro mas eficaz que cuantos podian aguardar de sus escuderos.

Una muger cubierta toda de una es-

pecie de dominó negro, ó de hábito con capucha, teniéndola echada en este momento hácia tras, estaba de rodillas junto á Saldaña deteniendo la sangre de su herida con un lienzo blanco como la nieve, y le habia levantado la visera y quitado el casco para desahogarle. Su rostro pálido y mas ajado por el dolor y la penitencia que por los años, pues no parecia tener arriba de veinte y dos, tenia un no sé qué tan angelical y amoroso, que cautivaba y enamoraba con su ternura. Pero el sentimiento que inspiraba era mas dulce y respetuoso que ardiente y apasionado, porque sin duda los pasatiempos de aquella jóven no eran de este mundo, y su alma ya habitaba en las celestiales mansiones de la paz y de la eterna felicidad. Su languidez, la ternura, el corte ovalado de su semblante, y sobre todo el velo místico, la mágica nube que hacia imaginar que la rodeaba, habria hecho doblar la rodilla al mas profano y adorarla como una divinidad. Todo parecia ya tributarla el homenaje

que merecia, el aire mecia blandamente sus abandonados rizos, mientras que el sol, reflejando alli sus rayos, doraba sus cabellos de un color de oro suave, y parecia coronarla con la aureola de los habitantes del paraiso. Tenia los ojos dulcemente fijos en el moribundo señor de Cuellos, y á cada instante acercaba sus labios á los suyos para recojer su aliento, pulsándole y registrándole las heridas, sin dejar por eso de acudir á Hernando de tiempo en tiempo, á quien habia lavado ya el rostro con el agua fresca del rio, pero sin que ni uno ni otro diesen muestras de volver en sí, no dando mas señal de vida que en su angustiada respiracion. El rostro de Hernando estaba morado como un lirio, con algunas manchas negras de la sangre que alli se le habia agolpado; y Sancho Saldaña, pálido como un cadáver, tenia aun frunciendo el entrecejo, los ojos abiertos y el labio inferior cogido entre los dientes, mostrando la ira que los insultos de su contrario habian encendido en su corazon.

La hermosa desconocida, tan pronto auxiliando á uno, tan pronto á otro, si acaso manifestaba mas amor á Saldaña, no tomaba menos interes por el señor de Iscar, cuidando á entrambos con la misma piedad y la ternura misma que si viese á su hermano en cada uno de ellos. Ya les habia dado los socorros mas necesarios, y sentándose junto á Saldaña, mientras le arreglaba un nuevo vendaje dijo mirándole con cariño:

-- Gracias doy al cielo que me ha enviado aqui para librarte de la muerte del pecador. ¡En qué estado ibas á presentarte en el tribunal de Dios! ¡Las penas eternas te aguardaban presentándote asi, lleno de crímenes, impenitente!! Mil maldiciones te seguian, cuyos impre- cadores hubieran ido alli tambien para a- criminar-te. No yo, nó; muchos agravios me has hecho, mucho mal me has causa- do; pero nunca te he maldecido, al con- trario, á pesar del mal trato que he re- cibido de tí, á pesar de todo, todo te lo he perdonado, porque al fin hartas mal-

diciones te han atraído tus desaciertos. Yo no he hecho sino llorarlos.

Un suspiro que exhaló Saldaña en este momento interrumpió sus palabras. Y volviendo á mirarle, le vió abrir y cerrar los ojos, aflojar los dientes y mover apenas un brazo, señales todas de mejoría, y que hicieron florecer una sonrisa de esperanza en los labios de la desconocida. Hernando hizo tambien algun movimiento que la obligó á acercarse á mirarle, y abriendo despues los ojos volvió en sí persuadido, en el delirio de su imaginacion, que estaba aun combatiéndose con Saldaña.

— ¡Hipócrita! decia con voz tan ahogada que apenas se le entendia: defiéndete... te daré la vida si me confiesas a dónde has ocultado á mi hermana... ¿llora?... ¿no la oyes? ¡Ah! ya está aqui, ya, ya la libré de ese miserable. ¡Pobre Leonor!...

La desconocida parecia enternecerse á cada palabra de Hernando, que viéndola á su lado la habia tomado por su

hermana, y se regocijaba de verla.

— No, Hernando, le respondió la dama cuidadosa de su salud, yo no soy tu hermana, pero puedes vivir tranquilo; Leonor está segura y libre de sus enemigos. No tardarás en verla á tu lado.

— ¡ Ah! exclamó Hernando haciendo un esfuerzo para levantarse, que no pudo lograr, y arrodillarse delante de ella: tú, angel del cielo, tú, que has bajado para dar esperanza á mi corazon, si lees en el de los hombres, verás en el mio que el deseo mas noble y mas digno de un caballero me ha movido á buscarla, juntamente con la amistad de un hermano. Habla, dí, ¿ dónde está?...

Iba á responderle la desconocida, cuando sintiendo tropel de caballos que se acercaba, se levantó de repente, y cubriéndose el rostro con la capucha huyó prontamente á esconderse entre los pinares.

— Id, seguidla, gritó Hernando á Jimeno, que se acercaba; ella sabe adónde está Leonor.

— ¿Quién? dijo el page; este hombre está delirando.

— Sí, allí va, exclamó el viejo Duarte persignándose ligeramente. ¡Es la maga! ¡ya desapareció!

Llegó Nuño de allí á un momento, y habiendo ambas tropas héchose cargo de sus señores, los acomodaron en unas andas que traían preparadas para el efecto, y paso á paso dieron la vuelta cada cual á su fortaleza.



---



---

## CAPITULO XI.

---

Mas ¡ay! de aquel que hasta en el santo asilo  
de la virtud arrastra la cadena,  
la pesada cadena con que el mundo  
oprime á sus esclavos.

(*Jovellanos.*)

Optabam esse anathema pro fratribus meis.

(*San Pablo ad Rom. 9.*)

**A** poca distancia de la cueva de los bandidos, y bajando las riberas del Piron, habia habido en los siglos del paganismo un soberbio templo de piedra, erigido sin duda por los romanos en honor de alguna deidad á quien habian consagrado aquel sitio. El furor de los siglos, y acaso la mano del hombre, mas destructora que la del tiempo, habia ido poco á poco demoliendo este monumento de la grandeza de aquellos conquistadores, y en la época de esta historia no quedaban ya otros vestigios aparentes que algunas piedras cubier-

tas de musgo, alguna columna rota ú otra infeliz muestra de su antigua magnificencia. Una parte de él sin duda en algun terremoto se habia hundido debajo de tierra, habiendo desaparecido de modo, que nadie habria podido sospechar siquiera que entre aquellos escombros, mansion al parecer únicamente de inmundos insectos, estuviera oculta una habitacion, capaz bastante para servir de abrigo á algunos hombres en caso de necesidad. Pero una piedra facil de remover daba entrada á un arco oscuro que debajo de tierra tortuosamente se prolongaba hasta llegar á una espaciosa bóveda octangular, asilo tal vez en otros tiempos de algun religioso ermitaño, y no tan abandonada ahora que no se conociese que servia aun de lo mismo. Con todo el adorno de esta sepultura, si tal puede llamarse habitándola cuerpos vivos, probaba que quien la habia elegido en este tiempo por su morada miraba poco en las comodidades del mundo, y solo pensaba en la salud del alma y en el retiro. Un crucifijo de madera,

groseramente trabajado, estaba con dos clavos sostenido de la pared; delante de él y á sus pies venia á parar una lámpara que pendia por una cuerda del techo, y á todas horas mezclaba su moribunda luz con la que escasamente el dia reflejaba en aquella estancia. Una pila de agua bendita en un ángulo de la bóveda, unas disciplinas salpicadas de sangre y un cilicio colgados de la pared, una cama de paja y algunos escaños de madera sin pulir completaban los muebles de este ignorado asilo del arrepentimiento. Pero ahora tal vez se notaba mas cuidado y compostura en el arreglo de la habitacion. La cama de paja parecia mas mullida y recojida que de costumbre, y algunos manjares, aunque pobres harto lujosos para quien se mantiene de lágrimas y de ayunos, daban á conocer que la persona dueña de aquel recinto habia recibido un huésped á quien trataba de festejar.

En efecto, la maga, como la llamaban en las cercanías, no habia descuidado nada de lo que estaba á su alcance, y que

\*

pudiera en algun modo minorar la molestia y pobreza de su mansion. Aqui fue donde Leonor, siguiendo los pasos de su misteriosa conductora, y obedeciéndola mas por temor que llevada de su voluntad, llegó la noche que en medio de la tormenta la libertó de manos de los bandidos. Ellas fueron las que pasando junto á Nuño le hicieron creer que era el guia que habia desaparecido; y Leonor, cerca de su fiel vasallo sin saberlo, fue tomada en la imaginacion de éste, á tiempo que trepaba con la maga á la altura donde estaba la entrada de su retiro, por el cuerpo del halconero volando á toda prisa camino de los infiernos. Iba Leonor demasiado sobresaltada para preguntar nada á su conductora, y cuando entraron en la bóveda, los diferentes sucesos del dia, el susto pasado, la duda de su situacion, y el miedo de aquel espantoso espectro, cuya desollada mano, fria como la losa de un sepulcro, tenia asida fuertemente la suya, oprimieron su corazon á un tiempo, de modo que no pudiendo llorar, ni

respirar siquiera, fijó en ella los ojos con espanto á la débil luz de la lámpara, dió un suspiro y cayó desmayada sobre el escaño, donde le hacia señas que se sentara. Tantas sensaciones crueles, tantos sustos debilitaron sus fuerzas, encendieron su imaginacion, y la afligida, dama, asaltada de una fiebre ardiente, habia pasado en un continuo delirio los dias en que tanto Saldaña como su hermano habian suspirado por ella buscándola con tanta ansia, aunque por tan diferentes motivos. Pero la Providencia, lejos de abandonarla, no contenta con haberla proporcionado una tan milagrosa libertadora, hizo que hallase en aquella misma fantasma, que fija en su memoria le aterraba aun en medio de su delirio, la enfermera mas cariñosa. Una mano benéfica mejoró su salud suministrándola las medicinas mas necesarias, y mas de una vez hirió su oido una voz llena de suavidad y se le figuró en medio de su enagenamiento de espíritu que habia visto junto á sí alguna vez un angel que la consolaba. Al cabo

de tres dias la calentura fue poco á poco disminuyendo, se disipó la confusion de su entendimiento, y Leonor, ya mas tranquila, se encontró sola y acostada sobre la paja, y mirando á su alrededor examinó el cuarto donde se hallaba.

La luz de la lámpara, la vista del crucifijo y la oscuridad de la bóveda no dejaron de sorprenderla por un momento, y olvidada de cuanto le habia sucedido, y no pudiéndose dar razon de cómo habia venido á aquel sitio, casi estuvo por creer que habia muerto ya para el mundo, y la habian enterrado en vida. Miróse á sí misma con asombro refregándose los ojos y tentándose por si dormia, y como por mas que hacia no podia adivinar cómo se encontraba alli sepultada, pensó un momento que todo aquello era un sueño ó un capricho de su fantasía. Pero aclarándose poco á poco sus ideas, empezó á recordar una tras otra cada una de sus desventuras, y completando el cuadro de todas ellas, recordó no sin temor la tormenta, la pavorosa

fantasma, y reconoció la lámpara á cuya luz la habia visto en aquella misma caverna poco antes de desmayarse. Esta última reflexion no pudo menos de horrorizarla, pensando que aquella vision infernal vivia con ella, y que era sin duda su única compañera; pero á despecho de su preocupacion, la vista del crucifijo y de los dos instrumentos de penitencia, el cilicio y la disciplina, asegurándola de sus temores, la hicieron tomar nueva esperanza, pensando que cualquiera que pudiese ser la persona que alli vivia, sus sentimientos eran religiosos, y que ya no la haria ningun mal quien la habia tenido tanto tiempo sin hacérselo en su poder.

— ¿Qué miedo puedo tener, se decia á sí misma, de quien sin duda me ha cuidado en mi enfermedad, y solo ha tratado de hacerme bien? ¿Acaso si esta habitacion no ofrece comodidades, no inspira una santa veneracion? No hay duda que fue algun angel el que me salvó de manos de los ladrones, y tomó aquella

espantosa forma solo para aterrarlos. Pero si fue un amigo, ¿por qué no ha avisado á mi hermano para que viniese, ó enviase algunos criados que me trasladasen de aqui al castillo?

Combatida de estas reflexiones, no acertaba á decidir entre sí si era enemigo ó amigo su libertador, ya afligiéndose, ya consolándose, terminando solo sus incertidumbres y calmándolas en algun modo el pensamiento de que al cabo no se hallaba en poder de un impío, enemigo de su religion. Alzó su mente á Dios, y despues de haberse conformado devotamente con su voluntad, empezó de nuevo la curiosidad á punzarla cada vez mas, deseosa de saber quién era el dueño de aquella estancia tan triste.

— Daria, dijo, no sé qué por saber á quién tengo que agradecer el cuidado que de mí ha tenido.

Y levantándose y registrando á un lado y otro, no vió mas salida que un arco medio hundido á un lado de la habitacion, pero tan oscuro, y amenazando

ruina de tal manera, que no se atrevió á aventurarse por aquel camino. Llegó con todo dos ó tres veces mirando con curiosidad y retirándose con espanto, temerosa de hallar con el espectro aterrador que allí le habia conducido, y que ella se figuraba ver en cada sombra que ondulaba al reflejo trémulo de la lámpara. Por último, imaginó que veía una figura negra que se acercaba, cerró los ojos, volvió á abrirlos, y creyéndola ya mas cerca huyó de allí al momento, y sin volver la cabeza atras de miedo, se arrodilló temblando delante del crucifijo. Hacía un rato que estaba así, cuando repuesta de su temor, y dando por una ilusión la figura que la habia asustado, volvió la cara y halló detras de sí, en pie, inmóvil, el bulto negro. Estremecióse al verle sobrecogida; pero volviendo á mirarle creyó que ya otra vez le habia visto, y que debajo de aquella almalafa negra iba encubierta la misma muger que le habia anunciado su peligro el dia de la caza junto al monasterio. Esta idea le

hizo cobrar ánimo, y levantándose le preguntó:

— ¿Quién eres tú, que parece que te deleitas en asustarme?

— Soy, le respondió la misma voz dulce que entonces la sorprendió tanto, el instrumento de que Dios se ha servido para libertarte á tí y estorbar un crimen al pecador. No temas nada de mí, pues yo solo, cumpliendo con la voluntad del Señor, he tratado y trato de hacerte bien: soy la que ya no es conocida en el mundo, y la que tú has olvidado en tu corazón.

— ¿Por qué usas conmigo tanto misterio? le preguntó Leonor con algo mas ánimo: si tu nombre me es conocido, ¿por qué me lo ocultas? ¿por qué me escondes tu rostro? Si temes que lo declare en el mundo, yo te juro por la honra de mi linage de callarlo hasta el fin de mis dias, y no confiar á nadie que te he conocido, ni aun á mi mismo hermano. ¿O has cometido algun crimen y temes por eso decirme cómo te llamas?

— Mis faltas, respondió la fantasma, han sido solo para con Dios, cuya bondad sin duda me las perdonará, y ningun ser en el mundo puede quejarse de mí. Hubo un tiempo, Leonor, en que la vanidad agitaba mi corazón, en que pude pagarme de la hermosura de mi cuerpo, y descuidé acaso la de mi alma; pero este no es un pecado para con el mundo. Mi nombre fue ilustre, y yo fundé impíamente mi gloria en el valor de mis ascendientes, sin fundarlo en mis méritos para con Dios; pero hace ya tres años que mi mansion es ignorada del hombre como la guarida del lobo, que he ocultado mi rostro como el vergonzoso; mis dias pasan en la penitencia y en la meditacion, y he arrancado mi pensamiento de la tierra, y despreciado las comodidades que mis riquezas me prometian, para elevar aquel únicamente á Dios, y trocar estas por las eternas. Desde entonces, tú y todos los amigos del mundo me han olvidado, y yo he muerto para ellos en mi soledad.

La unción religiosa de su discurso, su imponente presencia y la magestad melancólica de sus palabras inspiraron tal respeto en Leonor, que de haberla creído poco antes un espíritu del infierno, pasó á imaginarse que estaba delante de una santa, á quien solo faltaba morir para ir á sentarse en el paraíso. Prostróse ante ella, y quizá le hubiese tributado adoración si la maga, levantándola con dulzura, no la hubiese hecho avergonzarse de su intención.

—Álzate de ahí, Leonor, le dijo; yo soy una pecadora como tú; y para que te desengañes y veas que no hay otro misterio que el que me fuerza á guardar un voto hecho por la salvación del alma de un hombre, aun no saciado de sus delitos, mírame bien y reconócame de una vez. Diciendo esto, se echó atrás la capucha que le tapaba el rostro, y quedó descubierta delante de ella.

—¿No me conoces? prosiguió viendo que Leonor la miraba atónita sin hablarle ni recordar su fisonomía: (seis a—

ños hace que no nos vemos. ¿Es posible que ya no te acuerdes de Elvira de Saldaña, la hermana de Sancho Saldaña, ó por mejor decir, la compañera de tu niñez?

— ¡Elvira mia! ¿Eres tú? exclamó Leonor loca de alegría de haber hallado una amiga en su libertadora, echándola los brazos al cuello para estrecharla en su corazón.

Elvira la miró con cariño, dejándose abrazar de su amiga; pero sus ojos manifestaban la tristeza, y con los brazos caídos no la devolvió ninguna de sus caricias.

— Retírate, Leonor, la dijo con sentimiento, separándola con entereza, y no hagas con tus extremos que renazca en un corazón entregado enteramente á Dios ningún sentimiento mundano.

— ¡Tú me arrojas de tí! exclamó Leonor sorprendida. ¿No eres ya mi amiga? ¿No me amas ya, ó acaso la enemistad de nuestros hermanos ha hallado también cabida en tu corazón?

— La amistad y la enemistad de los

hombres , repuso Elvira con solemne y religioso ademan, sus odios, sus pasiones, las sensaciones profanas de la ternura, nunca habitaron en el alma que se alimenta solo de las dulzuras espirituales, y que ya en la tierra se desprende de su deleznable cuerpo, y se eleva á contemplar la imágen de su Hacedor. No que la mia haya llegado aun á este grado de enagenamiento celeste á que alza Dios las almas de sus elegidos: no, todavia conozco en mí la debilidad de la criatura, prosiguió llena de emocion y sin poder contener una lágrima á su pesar: yo amo aun en el mundo: yo no he podido romper todavia los lazos de la sangre y de la amistad que hicieron las delicias de mi juventud: yo amo aun á mi hermano: amo al asesino del justo, del santo sacerdote que consoló á mi padre en la agonía de la muerte: yo te amo á tí tambien, Leonor, á tí, la amiga de mi infancia: me he descubierto á tí; he permitido que me abrazaras, no porque no conozca que he pecado faltando al voto que contrage

delante de los altares... Dios me perdonará: yo ya no podía contenerme.

Atónita Leonor, habia contemplado la fisonomía de Elvira mientras hablaba, y sus ojos, brillantes con la luz de la inspiracion, su semblante magestuoso, y en que reflejaban al mismo tiempo uno por uno los distintos afectos que en su alma se combatian, la habian sorprendido de modo, que la alegría del primer momento se trocó en un respeto místico hácia su amiga. Con todo, las últimas palabras volvieron á despertar en su corazon los sentimientos de la amistad, y el enagenamiento con que Elvira las habia pronunciado le inspiró el dulce deseo de tranquilizarla.

—No sé, le respondió, qué votos son los que te obligan á ocultarte y vivir sola en esta especie de sepultura; pero pues Dios permite que en tu corazon abrigues aun un resto de ternura hácia tus amigos, y algun dulce recuerdo de lo que hizo en otro tiempo tu dicha, ¿por qué temes entregarte á sensaciones tan inocentes? He oido decir á los sacerdotes que

Dios nos deja ese consuelo en todas nuestras adversidades.

— El único consuelo del santo, repuso Elvira recobrando su tono imponente, debe buscarlo en el Todopoderoso, y no en los consuelos pasajeros de sentimientos terrenos, robados á la divinidad, en quien deben emplearse todos los de nuestra alma. Pero tú hablas por boca de Satanás, y tus palabras afectuosas tratan de seducirme. Yo he provocado la tentación con descubrirme á tí. Tu discurso es inspirado sin duda por el enemigo.

— Te protesto, replicó Leonor atemorizada de oírla, que te he hablado con inocencia, y que he creído hacerte bien y sosegar tu conciencia diciéndote lo que creo. Yo no puedo imaginarme que sea un crimen amar á mis semejantes.

— Amarlos en Dios, no en ellos, exclamó Elvira con fanática indignación. Pero tú no sabes lo que dices, añadió con mas suavidad; ¡y con todo es tan dulce ser amado de sus semejantes y amarlos!!!

Elvira quedó un momento suspensa,

bajó los ojos, y derramó algunas lágrimas en silencio, mientras Leonor, sensible á sus emociones, la correspondia con su llanto entre intimidada y enternecida. Duró esta escena muda algunos minutos, hasta que Elvira, dominando su turbacion, levantó su hermosa cabeza con gravedad, alzó sus ojos al cielo, y exclamó:

— Dios mio, perdonadme si aun doy oidos al lenguaje de los mundanos; perdonadme si he cedido un momento á las instigaciones de mi flaca naturaleza. — Leonor, prosiguió volviendo á ella, sus ojos cubiertos de lágrimas y mirándola con agrado, yo te amo, y yo he pecado por tí. Tres años hace que no me ha dirigido su voz ninguna criatura humana, rara vez he visto la luz del sol, mi única habitacion en la tierra es esta tumba, mi alimento las lágrimas de la penitencia, mi cama el suelo, el alivio de mis pesares el ayuno y la disciplina, y Dios ha sido mi único compañero en la soledad. Tanto tiempo desterrada del mundo, tantas maceraciones no han bastado

aun á fortalecer mi alma : ¡ miserable vaso de perdicion !!! Yo ofrecí delante de los altares sacrificarme en vida á Dios para salvar á mi hermano del infierno que le amenazaba. Yo le ví, yo le veo aun sordo á la voz de mi padre moribundo que le llamaba para darle su última bendición, negándose á recibirla, embriagado en los deleites de su manceba, y maldiciendo al siervo que le interrumpia en sus placeres para llamarle. Yo le ví cuando furioso, hirviendo en toda la cólera del infierno, alzó el puñal, guiado por los demonios, y lo hincó en el corazon del sacerdote que piadosamente le reprendia. Yo le ví despues, cubierto aun de sangre, reposarse en brazos de su Zoraida, y oí su risa y sus carcajadas emborrachándose en el festin. El infierno se estremeció de júbilo, y los demonios alargaron sus manos para agarrar su presa; yo los oí que reían, y me horroricé. Entonces me postre delante de Dios, oré por el pecador, y ofrecí sepultarme en vida, cubrir mi rostro, y alejar de mí todas las vanidades del mundo para espiacion de los crí-

menes de mi hermano. Desde entonces cambié mis galas por el cilicio, troqué la blandura de mi lecho por un poco de paja, comí las raíces de los árboles, los frutos silvestres, y traté mi cuerpo como á un animal inmundo. Víme odiada y maldecida de los habitantes de las cercanías, creida bruja, y mirada como un agente de Satanás; y yo para mas humillarme, y contener al mismo tiempo la curiosidad de las gentes con el temor, adulé su credulidad confirmándola con mi apariencia. Porque no solo prometí no cuidar de mi fama, sino que tambien ofrecí esponerla á las lenguas de las gentes y sufrir el oprobio con humildad. ¡Pero ah! ¡cuánto me ha costado vencerme, cuántas veces ha resonado en mi oído la voz de Satanás, que me incitaba á faltar á mis votos para con Dios, y he querido volver al mundo, lisonjear mi vanidad publicando mi penitencia, y realzar de nuevo los dulces vínculos de la sangre y de la amistad que rompí para desterrarme, destrozando mi corazón! Yo recordaba, á pesar mio, los primeros dias de mi juventud, y mis ojos

se cubrían de lágrimas; yo habría dado el resto de mi vida por un momento de consuelo, solo porque la mano de un semejante mio, aunque fuese desconocida, hubiera enjugado una vez el llanto de mi amargura. El sol, que derrama su luz para todos, estaba oscurecido para mí en esta bóveda, y si acaso alguna vez vivificaban sus rayos mis miembros yertos y debilitados, mi vista inspiraba el terror á los habitantes de las cercanías que huían delante de mí, y no hallaba una mirada de afecto, una muestra siquiera de lástima que compensase mis privaciones. ¡Ah! ¡tú no sabes cuán duro, cuán amargo es este aislamiento del mundo, cuán triste es verse aborrecida sin merecerlo!

El sentimiento íntimo con que pronunció estas palabras mostró mas que nunca en este instante su agitacion. Sus ojos se inundaron de lágrimas, inclinó su rostro al suelo con una espresion peculiar de tristeza y de santidad, y puesta una mano sobre el corazon, como para aliviar el dolor que la atormentaba, largo tiempo quedó sin poder hablar, interrumpien-

do el silencio que reinaba alrededor de ella solo con sus sollozos y sus gemidos. La soledad y la lobreguez de la bóveda alumbrada apenas por la lámpara que ardia delante del crucifijo, y sobre todo el tono, ya místico y ya melancólico, que habia dado Elvira á sus espresiones, acaloraron de modo la imaginacion de Leonor, que sintió correr un sudor frio por su cuerpo, y tuvo que arrimarse á un ángulo de la estancia para sostenerse. Sus ojos llenos de piedad se fijaron, por último, en su amiga, que inmóvil delante del crucifijo y cubierta de su almalafa negra, clavados los ojos al suelo sin pestañear, y en su rostro pálido y desencajado reflejando acaso la amortiguada luz de la lámpara, tenia el aspecto de un cadáver vestido de su mortaja que se habia levantado de su ataud. En vano Leonor habia tratado algunas veces de interrumpirla; sus palabras se habian helado en su boca, dudosa si servirian mas bien para aumentar su dolor que para aliviarlo, y en este momento, sin saber qué decirle, obedecia á los sentimientos que Elvira comunica-

ba á su corazon llorando con ella, sin hallar otro medio de consolarla.

Duró un rato el silencio, y Leonor esforzándose se acercó á ella, y tomándola una mano, que apretó cariñosamente entre las suyas, la dijo:

— Hermana mia, si las caricias de una amiga pueden hacerte sobrellevar la carga del voto que has contraido, yo no te olvidaré nunca, yo vendré á verte todos los dias, y tú hallarás en mí todos los cariños juntos que echa de menos tu corazon. Yo, si es necesario para tu consuelo, participaré de tus penitencias, dividiré alegremente tu cama, y rogaré á Dios contigo. Tendrás al menos un ser en el mundo que te ame y te compadezca.

¡Leonor! repuso Elvira apoyando su frente en el hombro de su amiga, sin poder contener mas tiempo los impulsos de su ternura. ¡Ah! ¡Cuánto tiempo, cuánto tiempo he pasado sin que una voz dulce como la tuya regalase mi corazon! ¡Cuán largos se me han hecho los dias en mi soledad! Pero ¡ah! solo cuando se han pasado dias y dias en el desierto y en el silen-

cio , cuando se ha sido uu objeto de odio y terror para sus semejantes , cuando la naturaleza se ha mostrado á nuestros ojos yerma, sola, y sin ofrecer un arbol á cuya sombra reposarse de las fatigas de una larga y penosa peregrinacion , solo entonces se pueden valuar justamente las dulzuras , las delicias de la amistad. ¡ Dichosos aquellos que sin pecar , ni faltar á los votos que contrajeron , pueden desahogar su alma en la de su amigo , y sentir caer en su corazon herido gota á gota el bálsamo suavísimo del consuelo ! Pero yo, añadió empujando de sí á Leonor , y como horrorizándose de sí misma , yo he atraido sobre mí la maldicion de un Dios colérico contra el perjuro. La amistad en mí es un crimen ; yo he jurado olvidar el mundo , olvidarme hasta de mi existencia. ¡ Infeliz ! ¡ Infeliz ! ¡ Yo he quebrantado mis votos ! ¡ Ah , hermano mio ! ¡ Yo que los hice por tí , como si yo no tuviera nada que reconvenirme ! El Señor ha castigado mi orgullo y debilidad. ¡ Y tú tambien , Leonor , tú quieres sacrificarte por mí , y tomar parte en mis

miserias y penitencias!... Dulce, dulcísimo sería para mí, sin duda, tener conmigo quien comprendiese la voz de mi corazón... Dios mio, recibe benigno esta privación, la mas cruel que puedo imponerme, en descargo de mis pecados.

No, Leonor, continuó mas tranquila, aunque en su voz trémula se notaba su agitación; para tí sería un sacrificio inmenso, para mí una culpa imperdonable si yo consintiese con tu amistad. Nosotras no volveremos á vernos mas; una casualidad fue causa que nos halláramos; esta bóveda no está lejos de la cueva de los bandidos; yo pasé cerca de ellos aquella mañana, y les oí hablar de mi hermano; curiosa de saber sus maquinaciones, me oculté á sus espaldas entre los árboles. Desde allí oí á su capitán que comunicaba su plan á uno de los suyos. ¡Ah! Dios condujo allí mis pasos para impedir á mi hermano que consumase el crimen que habia pensado. Tú ibas á ser entregada á su voluntad para satisfacer su torpeza, ó á ser víctima de su furia. El Señor puso su fortaleza en mi corazón, eligiendo

para salvarte de manos de los foragidos á una muger débil que los aterró con solo una máscara, como si hubiese llevado consigo un ejército poderoso.

-- ¡Oh! Sí, exclamó Leonor, yo te debo mas que la vida, puesto que te debo mi honra. Tú que te espusiste tanto por mí, ¿ cómo podré yo pagarte ?

-- Leonor, dijo Elvira con tono solemne, no blasfemes: solo al que vela sin cesar sobre los oprimidos debes tu salvacion; á él debes dar gracias en tus oraciones. Yo fui la mano de que se valió en su benignidad, y no corrí riesgo alguno, cubierta, como iba, con el escudo de su omnipotencia.

-- Pues bien, la respondió Leonor, yo aqui contigo se las tributaré, y mis oraciones, juntamente con las tuyas, volarán hasta su trono como una nube de aromas. Tu boca mas pura que la mia...

-- Leonor, interrumpió su amiga, no adules mi vanidad; yo soy un vil gusano como tú delante del Altísimo. ¿ Quién osa hablar delante de él de pureza? ¿ yo que he quebrantado mis votos solo por un

momento de deleite mundano? ; Ah !...

Diciendo esto , sus ojos salieron de sus órbitas, alzó ambas manos al cielo , y pareció como arrobada y fuera de sí algún tiempo. Poco despues dobló las rodillas delante del crucifijo , oró , besó la tierra y dió muestras de un verdadero arrepentimiento , y sintiéndose mas tranquila se levantó de nuevo y se acercó á Leonor, que habia contemplado su éxtasis en silencio.

— Es preciso que nos separemos , dijo con el acento melancólico que daba algunas veces á sus palabras ; es preciso : yo cometeria un pecado imperdonable si te tuviese mas tiempo conmigo , y por otra parte, tú tienes un hermano que te ha buscado con ansia, y que ahora mas que nunca necesita de tu cuidado. Tienes cien lanzas en tu castillo que te defenderán de tus enemigos , y no te has obligado como yo á vivir sola , y á olvidar y á ser olvidada de tus amigos. Tu juventud no debe marchitarse en un destierro como la mia ; tu corazon puede abrirse sin pecar á todas las sensaciones mas dulces que hacen las

delicias de los mortales; el mio debe cerrarse aun para las mas inocentes; sí, Leonor, aun para las mas inocentes. Cuando yo te he visto estos dias enferma sobre esa paja, te he estrechado mil veces contra mi pecho, te he mirado como á mi única joya en el desierto, y he pecado. ¡Ah! tú no sabes ahora cuánto, cuánto me cuesta separararme de tí; pero es preciso: seria en mí un espantoso crimen recibir otra vez una caricia tuya.

— ¡Ah! exclamó Leonor conmovida, yo no te abandonaré, yo no me separaré de tí.

— No hay remedio, Leonor, repuso Elvira con resignacion: Dios me lo manda.

— Yo vestiré como tú un cilicio, respondió Leonor, y su clemencia te perdonará.

— Tu hermano está herido, dijo Elvira, y te llama tal vez en este momento desde su lecho.

— ¡Herido! exclamó Leonor; vamos, sí, que yo le vea: ¡mi hermano herido! Pero ¡ah! continuó dirigiéndose á su ami-

ga, tú me dejarás que venga alguna vez á llorar aqui contigo, á consolarte, Elvira mia.

-- No, jamas, respondió Elvira haciendo un esfuerzo, jamas: cuando tú hayas salido de aqui olvídame; yo te lo pido por mi amistad. No mas, Leonor, continuó alargando su mano hácia su boca, viéndola en ademan de interrumpirla. No mas: olvídame: ¡cúmplase la voluntad de Dios!!!! La noche debe ya haber cubierto el mundo con su oscuridad, pues no penetra ninguna luz por las aberturas del techo. Tu hermano está herido, ven, sígueme.

Diciendo esto tomó de la mano á Leonor, que inquieta por la salud de Hernando no hizo mas resistencia, y guiándola á tientas por el arruinado arco por donde se salia de la bóveda, Elvira empujó una piedra que cedió dócilmente á su impulso, sintieron el aire del campo, y ambas tomaron tristemente el camino de su castillo.